COLABORA-
CIONES.

POESÍA Y PAISAJE

El campo o la ciudad, en tentación recíproca, son el indudable escenario por donde discurren nuestros días. Los poetas, que saben moverse por entre decorados de ficción y realidad, que pueden apagar o encender las diablas de la emoción, traspasarán a lo creado toda su sensorial experiencia humana, dando voz a la piedra inerte, a los ríos que levantan su pecho undoso para profetizar, a la flor que dice en olores el nombre del amante. Y en ese panteismo del yo, del alma diluida en el universo, encontrarán seres gemelos en el olmo viejo hendido por el rayo, en la viudez desolada de la tortolica: el paisaje llega a ser un estado de ánimo.

Los ojos del lenguaje, que decía Paz, nos llevarían a una poesía de exterioridades que a veces equivoca, de lo vivo a lo pintado, páginas leídas que al pasar del tiempo creemos vagamente haberlas vivido. Si contemplamos un estanque con juncos a la luz de la luna, la turbación ante su belleza se mezcla con los recuerdos del hombre que vimos, horas antes, arando en la cercanía de aquel agua o a los enamorados que se abrazan ahora, en la penumbra. Sólo más tarde entenderemos que es un texto de Yeats lo revivido, pero esos enamorados, esa luna y estanque, ¿no fueron aquellos días que sabes, ante un paraje idéntico? Vivida o escrita la emoción corporeizada en el paisaje será el espejo de una naturaleza que copia mundos interiores. Así llegaríamos al extremo de la frase del filósofo alemán que por gastado no nombro: "El mundo es mi representación".

No el mundo, pero sí Córdoba y su cerco de sierra y campiña, son la iejanía paisajística común a la poesía de *Cántico,* tal vez su vínculo más claro y más ocasional. Horizonte de muro, torre, río, llano y sierra, que ya estaba palpitante en el soneto de Góngora.

Junto a esas piedras ilustres, cerca del tarajal que alimenta el río vivimos y ese cuadro indeleble, casi de tarjeta postal, forma parte de una experiencia subjetiva que a veces desemboca en evasión histórica. Desde la romanidad y aún antes, y con los poetas arabigo-andaluces, y hasta nuestros días, esas piedras, ese fluir de aguas, campos del trigo o del olivo, comunican con el misterio de su lengua latente, de su palabra silenciosa, la honda voz de la tierra, germen de la poesía. Y nacerán los tallos distintos, individuales, propios.

Más el amor, la amistad, la violencia o el entusiasmo, la insidia o la duda son señales colectivas, por más que varíen en el decorado los otoños del bosque o el doble de la esquila en el amanecer. Así Ortega, el espectador espectáculo, advierte que " el paisaje tiene el destino de ser fondo de algo que no es él y servir de escenario a una escena vital. La manera mejor de absorber el encanto de un paisaje es no mirarlo y amar u odiar en él".

El escenario de la poesía es el universo aunque se centre en iluminados dioramas provincianos. En su localismo está su universalidad.

Pablo García Baena.

ESTAMBUL

Notas del manuscrito encontrado en Benalmádena.

Septiembre, 9. Con la lluvia me refugio en la pensión –estoy chorreando, tengo los zapatos rotos- y recreo por unas horas un ambiente de hogar. Descorro las cortinas del gran mirador, arrastro una mesa hasta la ventana y coloco una pequeña lámpara encendida de intimidad a miles de kilómetros de mi apartamento, allá en España. Preparo, sonriente, una bebida y hasta escribo una postal para Cándido, desterrado en Westfalia. Fuera, Estambul emerge como un saurio de pedrería de entre los lodos del mar Negro. Una luna rojiza y creciente abandera con su sello heráldico el otomano cielo tormentoso.

La mañana turística fue agobiadora. Por el puente de Yeni Cami pasan los taxis comunales repletos de viajeros, los carros de mano empujados por turcos de grandes bigotes y blusas largas que recuerdan al sereno de "La verbena de la Paloma", mujeres enlutadas como campesinas andaluzas portan cestos de frutas y pescados. Decepciona el exterior chato de Santa Sofía y sus bulbos ocres, cúpulas que siempre fueron de oro en la leyenda bizantina, descansadero para el vuelo de ángeles andróginos. Poderosas columnas de mármol sostienen, en el interior, una gloria oscura. Subo a las altas galerías destartaladas. Teselas vidriadas de los mosaicos que retratan rígidos de joyas a Constantino y a Irene en el mismo plano mayestático de Cristo y María, en corte mundana, o celestial, de igualdad. Recuerdas los mosaicos acristalados -foseifesa, como te enseñaron en la escuela de artes- que envió el Porfirogénito al califa de Córdoba para que lucieran estrellados a la luz del aceite en la oración del Viernes.

Cercano el Topkapi o palacio del Serrallo abruma con el boato de sus colecciones que van desde los tronos de oro a los caftanes brochados por la sangre de los atentados, el puñal del rencor acechando entre gemas. Jardines, estancias, logias interminables, todo este esplendor marchito y polvoriento ¿te dice algo? Sí, acaso este rincón donde suena el agua- olvidada la cámara cerrada con el túmulo negro- y donde la ribera del Mármara se remansa de agitación, de gritos, de colores. ¿Conocieron los sultanes la desnuda quietud de algún día, la tranquila oración de la soledad o fue todo en su vida vendas ensangrentadas y kilos de esmeraldas?

Aturdido por este lujo oriental, ávidamente busco un restorán europeo: tortilla de champiñón y salmonetes, pero todo con un regusto de grasas. Alí, que me acompaña, dice: "cocina turca mejor que europea".

Ya de noche y pasada la tormenta vuelvo a la calle evitando los charcos. Encuentro la posta y atravieso las calles de bazares donde se venden juntos electrodomésticos y dulces enmelados de moscas, el ámbar de las bisuterías y las carnes de bueyes y ovejas abiertos en desolladero, que con su olor seboso de jifería hacen de la ciudad una inmensa ara de sacrificios.

Pablo García Baena.

E S T A M B U L

Notas del manuscrito encontrado
en Benalmádena.

Septiembre, 9. Con la lluvia me refugio en la pensión - estoy chorr chorreando, tengo los zapatos rotos - y recreo por unas horas un ambiente de hogar.Descorro las cortinas del gran mirador, arrastro una me mesa hasta el ventanal y coloco una pequeña lámpara encendida de intimidad a miles de kilometros de mi apartamento, allá en España. Preparo, sonriente, una bebida y hasta escribo una postal para Cándido, desterrado en Westfalia. Fuera, Estambul emerge como un saurio de pedrería de entre los lodos del mar Negro. Una luna rojiza y creciente abandera con su sello heráldico el otomano cielo tormentoso.

La mañana turística fue agobiadora. Por el puente de Yeni Cami pasan los taxis comunales repletos de viajeros, los carros de mano empujados por turcos de grandes bigotes y blusas largas recuerdan al sereno de "La verbena de la Paloma", mujeres enlutadas como campesinas andaluzas portan cestos de frutas y pescados.Decepciona el exterior chato de Santa Sofía y sus bulbos ocres, cúpulas que siempre fueron de oro en la leyenda bizantina, descansadero para el vuelo de ángeles andróginos.Poderosas columnas de mámol mármol sostienan, en el interior una gloria oscura. Subo a las altas galerías destartaladas. Teselas vidriadas de los mosaicos que retratan rígidos de joyas a Constantino y a Irene en el mismo plano mayestático de Cristo y María, en corte mund mundana, o celestial, de igualdad. Recuerdas los mosaicos acristalados - foseifesa, como te enseñaron en la escuela de artes- que envió el Porfirogénito al califa de Córdoba para que lucieran estrellados a la luz del aceite en la oración del Viernes.

Cercano el Topkapi o palacio del Serrallo abruma con el boato de sus colecciones que vandesde los tronos de oro a los cf caftanes brochados de sangre por la sangre de los atentados, el puñal del rencor ace-

chando entre gemas.Jardines, estancias, logias interminables, todo este esplendor marchito y polvoriento ¿ te dice algo ? Sí, acaso esterincón donde suena el agua, olvidada lcámar cerrada con el túmulo negro,y donde la ribera del Mármara se remansa de agitación de gritos, de colores. ¿ Conocieron los sultanes la desnuda quietu quietud de algún día,la tranquila oración de la soledad o fue todo en su vida vendas ensangrentadas y kilos de esmeraldas ?

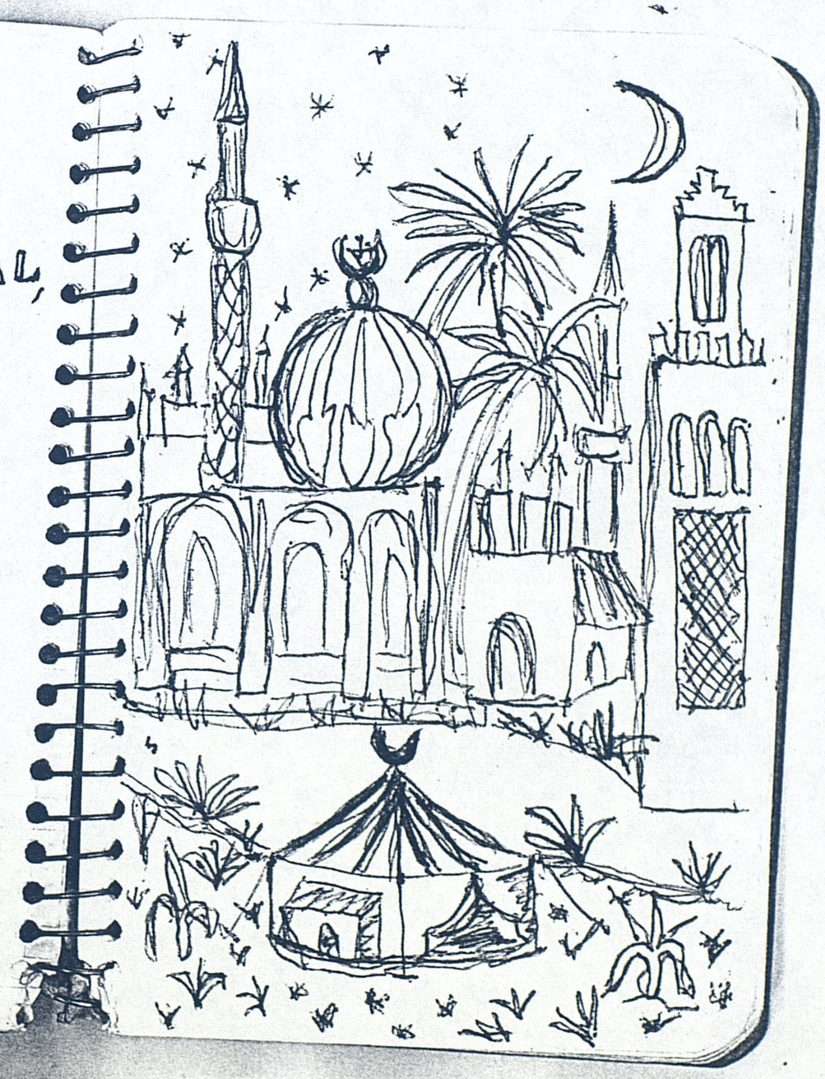
Aturdido por este lujo oriental, ávidamente busco un restoran europeo: tortilla de champiñón y salmonetes, pero todo con un regusto de grasas.Alí, que me acompaña, dice: " cocina turca mejor que europea ".

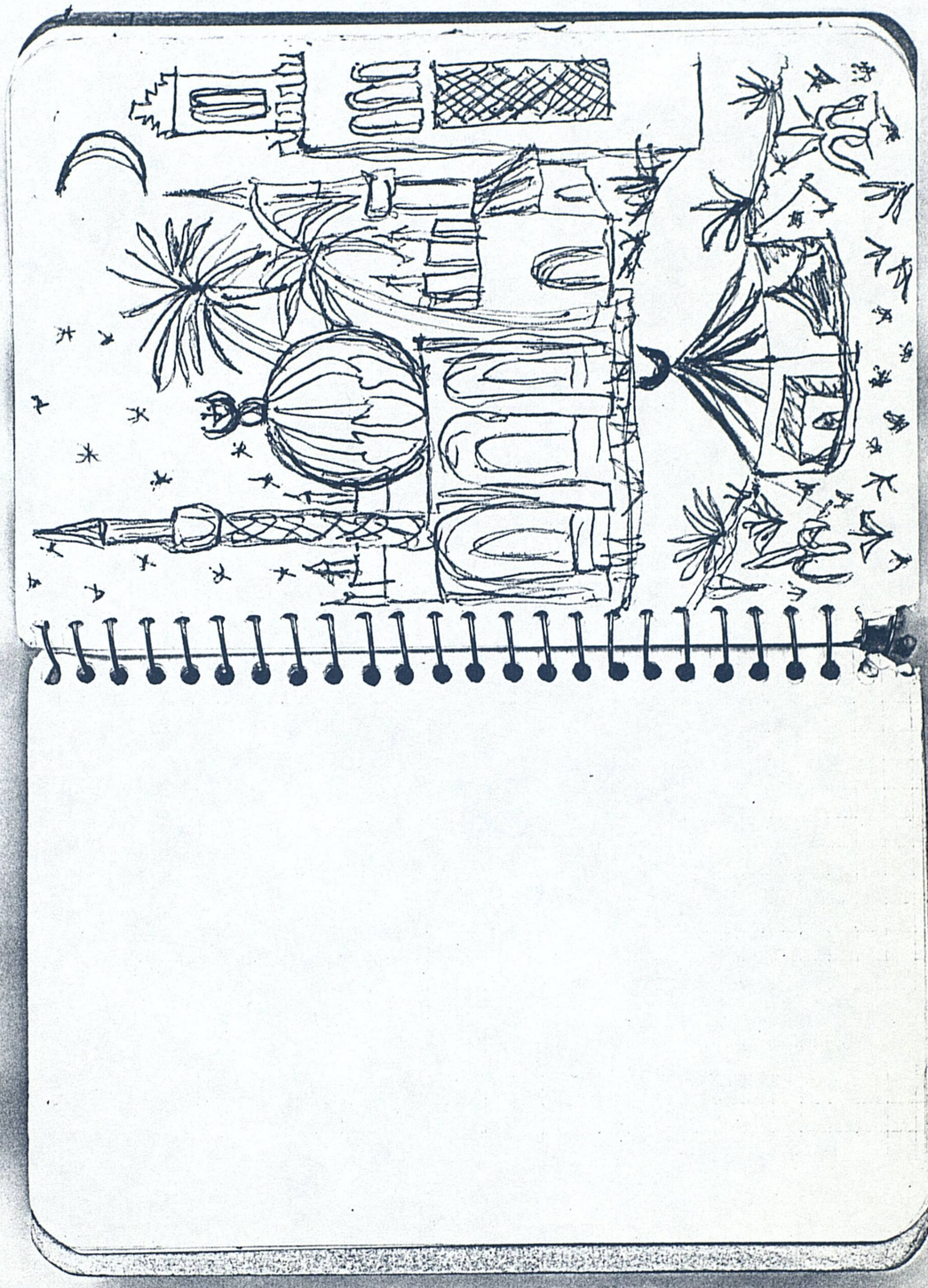
Ya de noche y pasada la tormenta vuelvo a la calle evitando los charcos. Encuentro la posta y atraviso las calles de bazares donde se venden juntos electrodomésticos y dulces enmelados de moscas, el ámbar de las bisuterias y las carnes de bueyes y ovejas abierto en desolladero, que con su olor seboso de jifería hacen de la ciudad unaara inmensa de inmensa ara de sacrificios.

Pablo García Baena

¡OH PUEBLO ORIENTAL,

¡CIUDAD ROMÁNTICA!





ATRAVIESO la carretera por un paso subterráneo. Queda ahora a mi derecha la riada automovilística. Camino buscando el mar, esa pequeña playa de Benalmádena donde, según la estación, nado o leo.

Por lo demás, la mañana es gloriosa en el privilegiado invierno malagueño y [illegible], sobre un pequeño promontorio, el delicioso pastiche neoárabe del castillo de Bil-Bil, con sus muros de almagra y sus almenas inofensivas, parece preparado para una intriga cinematográfica de aventureras y espahis. Se alzan las palmeras en el gozo respirable del mediodía como esmaltes en la ataujía del azul, suspensas en el apenas suspiro del aire. No en balde los marengos señalan este rincón como frontera de vientos: terral, lebeche. Y están también los ibiscos rosa o el bermellón de los pascueros, colores puros asomando en la encalada paleta de las tapias, ante cuya blancura unos jóvenes corren como siluetas olímpicas en un vaso ateniense; llega el mar hasta casi los áloes que yerguen su cuello crestado de rojo, vigías aves atentas al incipiente rizado de las ondas.

Este es el mar de las orillas ilustres, el mar de Heraclés y de Hölderlin, el mar eterno de los mitos de poderoso torso respirante, el Mediterráneo padre de dioses, que humaniza el principio líquido —y nos parece ver surgir los caballos primigenios de Goethe— en un Poseidón benéfico, tutelar de redes y barcas, casi familiar, ya que «la Hélade es para el poeta como su casa solariega, sus fundamentos».

Pablo GARCIA BAENA

ATRAVIESO la carretera por un paso subterráneo. Queda ahora a mi derecha la riada automovilística. Camino buscando el mar, esa pequeña playa de Benalmádena donde, según la estación, nado o leo.

Por lo demás, la mañana es gloriosa en el privilegiado invierno malagueño y sobre un pequeño promontorio, el delicioso pastiche neoárabe del castillo de Bil-Bil, con sus muros de almagra y sus almenas inofensivas, parece preparado para una intriga cinematográfica de aventureras y espahis. Se alzan las palmeras en el gozo respirable del mediodía como esmaltes en la ataujía del azul, suspensas en el apenas suspiro del aire. No en balde los marengos señalan este rincón como frontera de vientos: terral, lebeche. Y están también los ibiscos rosa o el bermellón de los pascueros, colores puros asomando en la encalada paleta de las tapias, ante cuya blancura unos jóvenes corren como siluetas olímpicas en un vaso ateniense; llega el mar hasta casi los áloes que yerguen su cuello crestado de rojo, vigías aves atentas al incipiente rizado de las ondas.

Este es el mar de las orillas ilustres, el mar de Heraclés y de Hölderlin, el mar eterno de los mitos de poderoso torso respirante, el Mediterráneo padre de dioses, que humaniza el principio líquido —y nos parece ver surgir los caballos primigenios de Goethe— en un Poseidón benéfico, tutelar de redes y barcas, casi familiar, ya que «la Hélade es para el poeta como su casa solariega, sus fundamentos».

Pablo GARCIA BAENA

Uno de los primeros libros que yo compré, adolescente, fue la poesía de Antonio Machado, el ejemplar de "Soledades, Galerías y otros poemas" publicado por Calpe, en su "Colección Universal", amarilla y bravata. Nunca creí -como se afirmaba en posteriores ediciones- que Machado fuera el poeta de habla castellana más grande de nuestro tiempo, pero sí le tengo veneración ACRECENTADA de modo tan libre e inconfundible y el respeto como de abuelo a quien se quiere más que por su obra - tantas veces tergiversada groseramente - por una vida en particular ingrata.

Allí, en ese libro de las "Soledades" encontré este poema que voy a leer, rogándoles perdonen mi atrevimiento:

El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta,
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...

Es una tarde clara,
casi de primavera,
tibia tarde de marzo
que el hálito de abril cercano lleva;
y estoy solo, en el patio silencioso,
buscando una ilusión cándida y vieja:
alguna sombra sobre el blanco muro,
algún recuerdo, en el pretil de piedra
de la fuente dormido, o, en el aire,
algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas
de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alégre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras
en el agua serena,
para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
casi de primavera.

El huerto de PLANTAS olorosas y el patio de poesía, los muros enjalbegados de blanco y ocre, las columnas y las yerserías moriscas de la vieja mansión de los Alba, serán, ya para siempre — verdad o sueño — la sombra acompañante donde buscar, desde la alta soriana paramera, la dicha triste de la niñez y los recuerdos. Como en un cuadro entre rebli-nas de Joaquín Sáenz, el surtidor, la galería encristalada, la talla sevillana el arque serían el símbolo de la felicidad y de Sevilla. El barrio por donde anduviera de niño está habitado, aún ahora, por las voces y los ecos. Y otra vez el poeta:

Alegría infantil en los rincones — de las ciudades muertas...

Y algo nuestro, de ayer, que todavía — vemos vagar por estas calles viejas.

Cerca está el convento de Santa Inés con el órgano de Maese Pérez sonando en la evocación becqueriana. El alminar de San Román, la calle Empedrada de leves pasos fugitivos, la espadaña jerónima de Santa Paula, azules jerarquías sobre claustros de naranjos. Mas "¿dónde está el encanto de Sevilla?", se preguntará Rubén Darío; y la respuesta: "en la soledad silenciosa, en la melancolía grave de sus jardines". El fulgurante Darío que había dicho de nuestro poeta:

Cuando hablaba tenía un dejo = de timidez y de altivez.

Y la luz de sus pensamientos = casi siempre se veía arder.

Vienen luego los días de Soria. Altos álamos blancos junto al Duero con las cifras acorazonadas de los enamorados hendidas en el tronco, álamos al son del agua cuando el viento sopla. Y Leonor. Ella tenía quince años y él era "un sevillano triste", perdido en soledades, entre sueños de galerías con espejos:

Desde el umbral de un sueño me llamaron... Era la buena voz, la voz querida..

Es casta, densa, simbólica la poesía de Machado; lo dijo Ortega, no Gerardo Diego como confundió Concha Espina. La castidad es un distintivo albo que aureola a algunos escritores de esta época, quizá avergonzados del burdel modernista: Unamuno que despreciaba los sentidos, Gabriel Miró, de vida limpia y sensualidad frutal, Azorín ascético, Baroja el oro varón, Jiménez idealizado en el crepúsculo. El amor de Antonio por Leonor es también denso, casto, simbólico; se le ha llamado paternal. Y vendría bien ~~citar~~ CITAR AHORA un Pensamiento de Abel Martín: "El amor mismo es un sentimiento de ausencia. La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera". Si la felicidad es posible", dirá Machado en una carta. Felicidad de la ternura, de la abnegación. Cuando la enfermedad aflige, la esposa-alma es sólo la niña desvalida que él subre hasta la ermita de la Virgen del Mirón, ~~[illegible]~~ tantas veces invocada en los pliegos de cordel. Abajo está la Soria de los doce linajes, las lomas azuladas, las agrias barranqueras:

¿No ves, Leonor, los álamos del río?

Leonor se desvanece como el flotante rayo de luna que es el amor, según imaginara otro "sevillano triste" por estos mismos parajes. Dice Becquer: Había visto flotar ~~sobre~~ un instante y desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco... Aquella cara blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos; pero había brillado a sus pies un instante, no más que un momento... Era un rayo de luna...

También Antonio intentará alcanzar el caudal flotante. La leyenda, los recuerdos del sueño, "después soñó que soñaba", fiebre y duermevela, oprimirán para siempre el corazón del poeta que gira, como negra ave de tarde, sobre estos tierras de leyendas caballerescas, donde, en el camposanto del Espíritu, se entierra, irreal, un amor: "¡El muro blanco y el ciprés erguido!

La poesía dijo Juan de Mairena a los alumnos de su clase sabatina, les de Becquer, la poesía es palabra en el tiempo. Y en otra de sus lecciones definió lo anterior, ampliándolo, como diálogo del hombre con el tiempo. Esto es, lo que el poeta pretende eternizar sacándolo del tiempo. Otro poeta sevillano, Luis Cernuda completaría el concepto diciendo: "Yo no podré decirte cuanto quiero
Encanto
para que mi palabra no se muera
silenciosa conmigo..."

Y en otra CLASE Antonio Machado o Juan de Mairena DIRÍA que el poeta es
quien suele ver más claro en el futuro. Y así se alza GABAN, SOMBRERO HONGO, BASTON TORPE como un profeta laico
y sin carro de fuego, pudiendo ver - y profetizar - "la mucha sangre de
Caín vertida", las imágenes fratricidas que le asolan la vista como el viento
avieso en los ojos de Homero. Y la ceguera será una súplica al escultor
Emiliano Barral cuando labraba su busto:

Dos ojos de un ver lejano
que yo quisiera tener
como están en tu escultura:
cavados en piedra dura,
en piedra para no ver.

Ceguera que me permite, desde mi manifiesto impudor, dedicarles a los dos hermanos Manuel y
Antonio este pequeño poema. Se titula Patio de las Dueñas y está dedicado a

Jesús Aguirre, Duque de Alba.

Llega en la urdimbre densa de las famas
un renaciente son marcial de tubas
que ordena el zarpazo de los lirios,
y el estuco coagula con la almagra
las irisadas bóvedas de Marzo

GALGOS...

Galgos de Zuloaga desde lejos

– las heráldicas lenguas blasonantes –

escapan a la sed del manadero,

diedros de azulejos donde el agua

engorda, hialina, su tristeza.

La fuente, el limonero, galerías

de la tarde en que la enredadera

costa corrompe mármoles desnudos.

Recuérdalos desde el umbral incierto:

"el vagar de una túnica ligera",

"el no saber de la primer caricia".

Ricardo Molina en el número 6 de la revista cordobesa "Cántico", correspontiente a los meses de febrero y marzo del 55, publica un poema titulado "Carta a Juan Rejano" que, pasados los años, incluiría en su libro "Homenaje" con título distinto y multitud de variaciones, conservando la inicial dedicatoria a Juan Rejano. El poema carta es una sensible evocación de Puente Genil en los días cuaresmales, el pueblo natal de los dos poetas.

Ese Puente Genil que haría exclamar al modernista escritor Manuel Reina, también pontano:

Mi pueblo es tan alegre,risueño y bullicioso
como una pandereta...

Visión festiva que se prolonga en Manuel Machado:

De celeste y blanco
viste el pueblecillo,
de blanco y celeste...

Y en Eduardo de Cry:

Bajo tu cielo azul, pueblo riente...

Ricardo conocería, evidentemente,el libro de Rejano "El Genil y los olivos" y entendería la honda nostalgia del exiliado por su rincón nativo, siempre agudo el deseo imcumplido del retorno, confundiendo días y casa de la infancia con patria y paraiso. Así Rejano añora y hace suya la voz del Genil :

D
Donde quieres sabes ir,
donde quieres y te mueres
Y por ir al Guadalquivir.

Y parece contestar Ricardo en su carta:

Todavía no se ha extinguido
el viento plañidero de las norias
en tu voz y el suspiro del ~~mayo~~ taraje.

Si en su poesía Rejano habla desde la melancolía y los recuerdos, en la prosa el énfasis de la tragedia española le hace señalar con un dedo acusatorio y bíblico la hora del éxodo: "Aquellos Hombres vieron abrirse primero, junto a la llama de los héroes, las horas de esperanza que nutrenla epopeya, y vieron llegar despues las horas de la derrota y la dispersión. Nadie sabe lo que es abandonar por la fuerza el suelo de la patria despues de haberlo defendido frente a las peores confabulaciones. ...Cabezas abatidas...bajo unos cielos inmensos,desmesurados, casi aterradores, donde lo mismo puede estar cerca el alba que la noche, llevan en la frente una llama: unos la denominan orgullo, otros dignidad".

Son palabras de Juan Rejano en su ensayo sobre la pintura de Antonio Rodríguez Luna, su querido amigo, a quién le unía, a más de los desastres, goyescos siempre, de la guerra, la conterránea Córdoba de los pueblos. Y añade algo Rejano sobre el pintor montoreño: "Frente a él estaba Mejico lleno de fulgurantes incitaciones; pero dentro de él seguía estando España, la interminable y trágica agonía de España". Aquí el poeta nos parece recoger toda la larga voz clamante del exilio que sería contradictorio, añorante desdén en Luis Cernuda, lágrima oculta en Emilio Prados,andaluz paraiso perdido en Rejano , y en Adolfo Sánchez Vázquez, nuestro ilustre moderador de hoy, ciega fuente de melancolías de su soneto titulado Nostalgia y que termina con el verso "la España a la que vuelvo la cabeza". Nos parece verlo en el barandaje - también con él Rejano y Pedro Garfías - del barco "Sinaia", mientras el litoral ibérico se ~~desvanece~~ desdibuja en la lejanía y el tiempo.

Otro exiliado cordobés, Eloy Vaquero que fue ministro con la Republica recuerda asimismo su tierra, aunque su poesia fuera humilde guitarrillo de pueblo:

Ay Córdoba, mi Córdoba
la del molino amigo
en Nueva York soñada.

"Alma diamantina" llama a Rejano Teresa Hernández en su estudio magistra

que antecede a "La tarde", sin duda el más claro, hondo, depurado libro del poeta pntano. Allí, en esa tarde ~~que antecede al final~~ precursora del final, la casi seguridad de recobrar, con la vuelta anunciada, la luz de la infancia, encontramos leves cirros rosados surcando ligeros el grandioso mural de la a-tardecida, donde - sin tenebris mos - el poeta recuenta su vida, amor , tiempo, hombres, muerte. Leves cirros que vuelven trayendo el retorno a la inocencia:

el río, las campanas, canciones, niños, árboles,
que fueron un instante dicha mía.

Pero el poeta es ya sío un fantasma y lo sabe.

La merecidísima medalla de oro que su ciudad entrega a María Pepa Estrada habría que prendersela con un lazo que llevara las cintas de los sombreros de verdiales, el copo blanco de la biznaga, la red de plata de las jábegas. Porque María Pepa Estrada es la alegría de Málaga. Cuando ella pinta los cierros o los balconajes de la calle de la Victoria en días procesionales, cuando las presidentas en el palco de la plaza de toros avivan el calor con los abanicos de agosto, cuando en el parque crecen las flores del prodigio que ella solo conoce, Málaga ríe con labios de colores donde el amor estalla en un beso carnal y edénico. Alegría y amor que nutren la paleta de María Pepa Estrada haciendo que su pintura nunca sea agria, con bodas y niños y bautizos con novios que se apartan tras los setos y ramas libres de arboles donde hay nidos y palomas que se arrullan. Todo un canto a la vida, a la alegría: como Málaga.

Pablo García Baena

XIV CONGRESO DE
LITERATURA ESPAÑOLA
CONTEMPORÁNEA

AÑO 2000

POETAS EN EL 2000
MODERNIDAD Y
TRANSVANGUARDIA

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
DEL 13 AL 17 DE NOVIEMBRE DE 2000

A las 9 cantas literarias que G.A.B. escribiera desde el monasterio abandonado de Veruela, las llamadas "Cartas desde mi celda", más de 100 poetas actuales han contestado, dicíamos que con un cierto retraso; pero aquí están los manuscritos afirmando lo que Rafael Montesinos vaticinó hace años: la perenne presencia de una poesía que se detiene en lo verdad, en concisión lírica, en asistencia levedad casi suspirante en los temas eternos: amor, naturaleza, muerte.

Si fue J.R.J. o si fue L.C. quienes primeramente vieron esa vital modernidad de Becquer puede haber todos, y contradictorias, opiniones. Tal vez J.R. Jiménez acertó, como tantas veces en ese chorreo, en ese desgajamiento necesario, de un nuevo lenguaje, en ese "himno ajigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora". Cernuda, en su becqueriano estudio aparecido en la revista "Cruz y Raya" en 1936, en ocasión centenaria del nacimiento del poeta, matiza ese misterio de la creación poética que para Becquer era, primordialmente, la comunicación íntima, eco dice G.A.

que se establece entre poeta y lector; y en esto se adelantaba a Valery, quien afirmaba que una vez leído el poema pasaba al dominio del lector, aun en contra de una interpretación distinta.

Pero indudablemente es G. A. B. quien el que revelaría las claves para la poesía moderna en "La recreación de la soledad", prólogo al libro de su amigo Augusto Ferrán. Estas serían, abreviadas sus palabras: "la poesía, que lanza del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y, desnuda de artificio dentro de una forma libre, despierta las mil ideas que duermen en el fondo de la fantasía".

Los 100 poetas aquí reunidos, en caligrafía y en contextos distintos, intentan llegar hasta ese océano sin fondo, hasta ese rincón en el imaginario oscuro donde duerme, inaprensible, el mágico pájaro poético.

aminadab

Pablo García Baena

*H*ABÍA una imagen de San Bartolomé en aquella ermita del Buen Suceso donde ibas de niño. De mirar adusto, y barba ensortijada, el Santo sostenía, firmemente apresado por una cadena, y ser feble y simpático, alejado de las turbias alimañas del poema de Alfonso Canales, con pechos de mujer y bigotes de guías dalinianas como un transexual de ahora. Los niños le llamábamos "la diablilla", y los mayores nos contaban que el día de san Bartolomé, 24 de agosto, el santo soltaba al demoñuelo para sus diabluras, y aunque ese día todos los años estaba anubarrado y silbante de vientos revueltos por la proximidad de las cabañuelas, la "la diablilla" volvía formal a su cadena perpetua como si padeciera el síndrome de Estocolmo.

Ése sería mi primer conocimiento del ángel tenebroso y nocturno, luego vendrían sus secretos recados incesantes. Y es curioso que en esas alimañas del poema, y referido "como cuerpo vivo de Aminadab", Alfonso cite el retablo de San Miguel de Tous, pintado por el cordobés Bartolomé Bermejo.

* * *

Abren el libro las escasas citas sobre Aminadab: la turbación temerosa de la Sulamita en el *Cantar de los Cantares* ante el posible estruendo del carro y los caballos del Enemigo. En San Juan de la Cruz, el cerco sosegado de las pasiones hace que Aminadab tampoco aparezca ante la belleza perfecta y casta de la Esposa. Y esta presencia que parece inminente y constante y a la vez cautelosa es, según los Santos Padres, uno de los atributos más temibles del maligno, la serpiente antigua.

Parece que el nombre, Aminadab, sea corrupción de otra palabra interpretada erróneamente, pues en el llamado "árbol de Jessé", la sagrada parentela de Jesús según San Mateo, figura ese nombre que, a la luz de la fe, no le podemos atribuir la llamarada del azufre, tan imprescindible a todo trasterrado en el Erebo. Todo esto nos lo aclara el autor desde la página preliminar.

La edición de *Aminadab* es de 1965, pero unos años antes, en su libro *Cuenta y razón*, ya necesitaba Alfonso la confirmación de una creencia que se esconde, y dice así textualmente en su poema: "mi ansia de estar seguro de Dios se me aparece cuando voy a afeitarme cada día". Sin duda los espejos son siempre puerta de lo cotidiano a lo desconocido, como saben Alicia, Eurídice y Narciso, que, en Lezama Lima, "si atraviesa el espejo hierven las aguas". La puerta que se abrió, que abrió *Aminadab* para Alfonso, daba al claustro de la lógica jansenista y perfecta de *Port-Royal*.

Dice Canales, tal vez con modesta soberbia angélica –para disimular la indudable influencia de su libro en el insurgente movimiento culto, y no culturalista, como quiere Pilar Palomo–, que "lo maléfico se hallaba ya en el ambiente". Al menos por una vez, el Maligno hizo el bien agitando el charco donde "patos del aguachirle castellana" –Góngora *dixit*– naufragaba la poesía de aquellos años, y tras *Aminadab* hubo gran insistencia el Luzbel, con los consiguientes exorcismos.

Y si Aminadab es sólo un nombre corrupto en los Cantares, en la poesía y en la patrística, tampoco en el libro de Alfonso aparece la bella bestia seductora, por más que el autor, con profunda sabiduría escolástica, lo conjure en pesquisas minuciosas por muelles anochecidos en la lluvia, en vacías salas de conciertos, en el crujir de muebles por el sueño, y él es "el demonio que sonríe en la negrura", tal el verso del desdeñoso poeta sevillano. Alfonso insiste, lo cita al trapo, a la mugiente embestida, como lidiador plantado en el coso rondeño: "¡Aminadab, Aminadab, los hombres / ya no conocen tu cuadriga!" Y casi con la ternura del treno davídico –Absalón, Absalón, hijo mío– prosigue el ensalmo: "¿Nadie / te invoca, Aminadab? / [...] / Monta / tu tienda y tu valor. / Requiere / tus más antiguas y olvidadas artes. / [...] / A la envidia te llamo"... Mas el silencio cae como pesada púrpura y no responde el silbo ni el aullido. Aminadab sabe que los humanos ya no lo necesitan.

Probará Alfonso con otros señuelos para atraerlo: le nombrará la herejía, la quimera del oro, la alquimia y su expirante deseo de juventud eterna, la cima de

igualar el poder del Creador, la alegría del "Uroboros", la serpiente que se devora en el beso, y los rituales mágicos renovarán la aspiración última del "Uno es Todo". El tentador es ahora Alfonso, y elevará las flautas de antiguas paganías para la danza de Pan en las siestas del Mediterráneo, empujará la reja del jardín del Edén y palpitará la carne con el vagido de la manzana y su larva. Las alimañas del lodo volarán hasta la cueva donde el Santo gime derritiéndose al hambre de Dios que azuza el cuervo panadero. Y estará Caín sobre el arca santa y Guilles de Rais en el degüello floral niños lirios al par que arde la Doncella en Orleáns, y las celdas clausas de la iluminadas fulguran con la locura de la santidad, y la boca áspera de blasfemias de los endemoniados vomita en lenguas babélicas y ríe Asmodeo en el coro de las catedrales.

Pero Aminadab no, Aminadab es el silencio, el Hombre, el Hombre, el Hombre.

* * *

En los días de la juventud y la ginebra, en la casa de Alfonso, el real sitio de Martínez Campos Uno, con Vicente Núñez o con Juan Valencia, y más recientemente, ¡pero cuánto tiempo!, en la madrugada, con Juvenal Soto, las botellas preparadas para el feliz suceso, oímos su trompetería nazi alzándose en el grito que lo anunciaba: era Aminadab, la música de Wagner.

Port-royal

María Victoria Atencia

Port-Royal
(Fragmento)

¿Es así, Señor, es así tu tristeza?
¿Es así tu descontento de los hombres?
En este lúgar, ahora tan verde, ahora tan sólo turbado por el
vano ladrido de un perro,
se te esperó, se te creyó; cansados
de verte en todas partes, se cerraron muchos ojos.

Y ahora árboles, sólo árboles;
o bruma, sólo bruma.
Y ahora el rumor con el que, acompasadamente, se agita el
pecho de la fronda.
Y una menuda lluvia triste, triste.
Y nada.
Nada, nada, absolutamente nada.
El perro apenas te conoce;
el árbol aquel
–a cuyo pie el mármol nos dice de qué savia se nutriera–
apenas te conoce.

¿Has querido, Señor, seguir ocultando tu misericordia
a los que no creían en ella?
Me da miedo pensar, Señor, que el límite de tu piedad puede
estar en la carretera,

Es un vino culto, como no podía ser menos, el que levanta en brindis Angel Aroca en la plaza ochavada de Aguilarconvertida ~~en~~noche de estío y luna - en lagar de pisa sacralizado a traves de las distintas religiones y de las citas de los poetas.

El vino empieza en su nacimiento anual una era mesiánica, la de los amores nuevos o las amistades largas que tienen en la copa su mejor medio de trasmitir y cultivar:la sabiduría cordobesa de los silenciosyy la palabra parca.

Nos lleva Angel Aroca por el emparrado de oro de la historia. Y nos parece ver salir de la antigua taberna del Tuta al mismo Noe el sembrador de viñas, tras cuidar las cepas que suben en ladera hasta el mismo castillo aguilarense y hasta la misma iglesia del Soterraño, donde la plata ilustre de Bernabé García de los Reyes labra el racimo eucarístico llevado en andas por los portadores de las tierras prometidas: Ipagro o Canaán.

De las uvas del Hermes de Praxiteles prensadas por la viga de los tiempos, nos guiará ameno el verbo de Angel,-tramontando geografías y civilizaciones - alms tórculos velazqueños de la Mancha vistos con la mirada limpia de la infancia, y las tinajas,el empotro, las colodras, las candiotas, oscuras wuevas en las que palpita la taumaturgia del vino y se apresta su ofrenda: un tinto carmín o un rubio joven que aún beben el cura y el barbero.

Los viñadores fieles reconocen en la vendimia una fiesta y el dulzor de los racimos colma el templo dionisíaco de las bodegas y trae la alegría al corazón del hombre. Alegría que en el texto de Angel Aroca embriaga de poesía y buen decir la noche estival como la copa de un vino pálido y fragante. Ynnos acordamos de un proverbio árabe: el vino es la bebida de los sabios.

AYUNTAMIENTO
DE CORDOBA

30106 - 1996

Durante un tiempo, Rafael fue ciudadano de Alejandría. Databa sus dibujos de nínfulas edipianas y obispos ortopédicos con el nombre esplendente de la ciudad gratamente corrompida. Tal vez era sólo un exilio errante, en el recuerdo de Durrell o Cavafis a cuyos últimos óleos sacros asistió como diácono. Un buen día cambió de orilla:total,el Mediterráneo es una bañera imperial de culturas y, para un levitador como él, el traslado lo apreció solamente en las nubes, más dalias cárdenas en Alejandría, más en línea de nardos en Málaga. Bajó del vértigo en el Paseo Marítimo , nº 2 y dijo: Velada o desvelada esta es mi ciudad.

Desde entonces nos hemos acostumbrado a encontrarlo en moragas de noche de San Juan, en whiskis de alta madrugada, en lecturas de su obra para contentar a sus fieles y a donde desciende, condesciende de su prelacía, por un arco iris de bengalas en pasarela celestial o circense, porque no nos engañemos: él es un ser en el confín de lo maravilloso,un prestidigitador en la baraja de las palabras, el unicornio blanco arrodillado ante la belleza, el astrólogo-abogado con su toga polvoreada de estrellas, un ángel de la guarda milagrero. Por esto oculta sus alas con macferlanes de cordialidad y, cuando va a la playa, con una toalla donde se ve la Farola y un grito en felpa: ¡Vivan los verdiales!

Pablo García Baena

AYUNTAMIENTO
DE CORDOBA

30106 - 1996

Llegaba, "alto el mástil de la risa", a aquel batiburrillo que era "El Baúl". De escasos veinte años siempre me lo imaginaba vestido de marinero primocomulgante de la poesía. Sacaba de la limosnera-mochila un fósil de huesos ilustres, la voz también fosilizada EN CINTAS de Don Jorge o de Bernabé, los dibujos para una historieta en el diario o las caricaturas de amigos encarnados en San Rafael, Mary Poppins y . La sorpresa le acompañaba como un perro inquieto y alegre que podía hacer pedazos con el abaniqueo del rabo, en las baldas de los estantes, la marfilina de las bayaderas o el opal azul de los floreros portugueses.

Barajaba sobre el mostrador acristalado aquellos tesoros con el último libro de Caffarena, la rara edición encontrada en el mercadillo dominguero de Martiricos o desenrrollaba alejandrinos como serpentinas mágicas donde la amargura se encubría de las espejaantes colores de la rima. A veces ~~aparecía~~ SURGÍA junto a EL una compañera ~~fiel~~ GRIS y misteriosa, calladamente leal, apasionadamente amiga. Desaparecían en la tarde de Torremolinos, cuando aùn era temprano para que se encendieran las electricas luces cambiantes y estridentes de las fiestas. Y sin embargo ~~pudimos~~ ADIVINABAS encontrarlos sobre los altos malecones del amanecer, ~~con~~ el mar despertando inocente en las arenas removidas ~~con~~ LA huella de abrazos.

Vienen ahora sus libros casi puntualmente, como cartas que nos contaran desde las llamaradas de la pasión o de la ausencia toda la desazón del vivir. Y el decorado en sombras, extramuros de ciudades distintas por donde el amor extendió sus mensajerías. Es una tristeza lujosa, un jadeo sonoro de ajorcas que nos dan - la palabra siempre exacta - noticia del acoso. Acude también la muerte, visita inesperada y a deshora, que se sienta en el salón y prepara sus vendas para fajar el corazón en cirugía de olvidos. Esos libros de Rafael Inglada donde anida - y por eso las páginas tiemblan de vida en nuestras manos - el ave arisca, montaraz, indomable, de la poesía.

Pablo García Baena

LLegaba, "alto el mástil de la risa", a aquel batiburrillo que era "El Baúl"

Nos aclara José Infante en una nota sobre su libro " El don de lo invisible" la cerrada estructura propuesta. Libro ascético, Ruiz Noguera se refirió a él como una noche oscura del alma. Y en efecto, el poeta, el amante, ~~~~~ comenzará su ascensión al amor con ~~ el acatamiento de las invocaciones o de las hierbas preparadas para la consumación de la víctima. A veces la misma descalcez del Carmelo vendrá hasta la poesía de Infante y las "nadas" del fraile carmelita — No quieras gustar algo en nada — tendrán un eco de negación en la búsqueda:

Si esperas alcanzar la luz
no mires este espejo,

o en el ~~ desengaño de los sentidos:

Nada podrá alcanzar
quien se termine en tacto.

Poeta amoroso sobre todas las cosas, no encontraremos en la poesía de José Infante el goce del amor corporal como fin en sí mismo. El canto de los bellos cuerpos, la plenitud de las entregas, el oleaje de los estíos mediterráneos, tienen siempre el amargo acíbar de lo incierto desilusionante, de fugacidad o ausencia. Un paraíso por donde un ser, también edénico, repta verde entre lo vegetal de las selvas carnales. Y será otra vez el fraile carmelita, conocedor supremo de la ciencia del amor, de la inflamación del amor, quien nos advertirá: la parte sensitiva tiene su fuerza y raiz en el espíritu.

"El don de lo invisible" razona hasta el pormenor el proceso de unas experiencias plurales. El entendimiento de la pasión como signo de vida llegará tras el lúcido conocimiento de cuerpos sucesivos que se abaten como mieses bajo la hoz de los deseos. ¿ Sólo el deseo ? También el rastrear de la originaria insatisfacción. No basta el labio, el saberse reo, ~~ la oscura lumbre inapagable. El poeta viaja hacia el "centro de la carne, hacia lo recóndito del ser buscando, si pudiera decirse, la

T R I L O G I A D E M I A M I

A Rosrio

A Rosario Hria

fría disección de un arrebato, la coherente geometría de una llama; un trasmundo donde se baja a ciegas como a negra sima y donde solo alumbra, alejándose, la llaga rojeante y cierta de la decepción, invitándonos al "entremos más adentro en la espesura".

Comenzará el poeta invocando el don fugaz:

Te has acercado humilde a la palabra..

Aun confía en la sl salvación por la luz. Mas el laberinto irá intrincando sus madejas y los haces de leña inician la purificación del rito. Subirá el amante por la vía purgativa hasta el sacrificio, ¿ pero quien es la victima ? La destrucción, el amor-muerte como materia, no aplacará propociatoria los miedos de la duda, las altas soberbias, que son del espíritu. El sacrificio habrá sido vano y la mano que empuña ¿ inocente ? el arma, o la sangre ¿ culpable ? vertida quedarán en el mismo infierno interior. En la desolación de la encrucijada ninguna flecha indicará "exit".

Como los paramentos de un retablo martirial los seis victimarios van entramando el cepo aprisionante. Juventud, gloria, posesión, personajes fantasmales de un auto medieval, ofrecen, pasajeros, más que la cúspide de la dicha el vacío sabor de la ceniza. Tambien la poesía de Infante se desnuda con la cruel pureza del diamante, desconfiada del "engañoso brillo de la sabiduría". Precisa, la palabra hiere con la enumeración de cámara de suplicios: cuchillo, veneno, fuego, asfixia. La caricia tenaz es la de la sangre, dulce la blanca herida; y el abandono invadiendo las venas como yedra escalante en ese derruido jardín oscuro es la muerte con el mismo antifaz del ser amado. No hay esa mano de agua del olvido, "libertador final". Mas el corazón - "que estoy solo y espero", y aquí otra vez el frailecico Yepes con su "corazón vacío y solitario"- no recela de una sombar sombra novicia que se acerca " a la dudosa luz del cuerpo amante". El braserillo con las ascua y las tenazas se preparan de nuevo.

Emily Santa Cruz parece que ha atendido el consejo evangélico; Haceos como niños. Y se ha puesto a escribir cuentos con la misma naturalidad con que de niña saltaba a la comba por los senderos de los altos jardinillos escalonados del "Maestre Escuela", en el camino del domónicano Escalaceli.

Y esa fresca ingenuidad es la que nos acerca a sus jugosos relatos cargados de emotiva poesía, a esos deliciosos " collages" que ella maneja con el corazón limpio, logrando una visión de pintura infantil, de niños que, como la autora saben muy bien que loa arboles son verdes, el rio azul y el humo una gris espiral sobre los tejados.

Habría que hablar ahora delas viejas consejas, de los tradicionales cuentos oidos en los atardeceres de invierno junto a la chimenea por donde suben y bajan los duendes, mientras se asan las castñas y crujen las bellotas; o junto junto a la cama del niño convaleciente de las anginas que cuando se levante habrá crecido en altura y en sensibilidad. Y nombrar a Perrault, a Andersen, a Hoffman o a Caroll. Perol los habitantes del mundo de Emily son de ahora mismo y de ahí su interés. El gato con botas ha conocido a Walt Disney, el patito feo sabe de las aventuras de la pantera rosa y Alicia no es tan tonta y comprende que está en un mundo maravilloso con viajes espaciales y platillos volantes que pueden ser de nata.

Mas ahora Emily nos acerca a los mas bellos y dolientes recuerdos de nuestro pasado andaluz. Yde de su mano nos montamos en la alfombra mágica y volandera de Simbad para hacer un recorrido por el tiempo y llegar deslumbrados viajeros al esplendor califal de Medina-Azahara, la bella ciudad enterrada como el cadáver de una joven novia en la ladera de la sierra cordobesa. Y vemos de nuevo surgir el agua de los surtidores, el edén de la albahaca y los coperos, los artesonados de cedro y ébano, el sueño de alarifes y joyeros, la mariposa extática de los mosaicos, el asombro de los embajadores y las cortesanas, la seda, el oro, el azogue manando desde los brocíneos cervatillos, como lo vieron los poetas arabigo-andaluces o la palpitante evocación de Ricardo Molina.

Todo con el cromatismo vivo y tierno de un cuadro " naif".

Pablo García Baena.

A L O R A.

Soñaron los viajeros románticos con ~~esta~~ el pais donde florece el limonero. Y cuando nos acercamos hacia la aljamiada Allura por el viejo camino de Málaga, los ~~muchos~~ huertos de naranjos que Guadalhoce deja como regalo de amante a los pies de Alora, creemos encontrarnos en el antiguo jardín edénico.

Altos se levantan los muros rojizos del Castillo de las Torres, todavía gallardas como en ~~el~~ los sitiales de coro que conmemoran la conquista cristiana. Y llega el ocaso con la sombra violeta de la serranía del Hacho y los amaneceres con la cal y el almendro escalando la empinada cumbre.

Esta es Alora la del romancero, la bien cercada de corazones amigos, la que se entrega amorosamente como esas manos que se juntan en compañía en el enterramiento de Santa María de Flores, tal el soneto de Alfonso Canales :

¿ No rezaron bastante...?

Alora en la almena mas alta del cante bravo de la malagueña, Alora derramada en generosidad " al par del río ", Alora morisca de los Abindarráez, de calles en sombra de amoríos y de celos, en laberinto de nombres evocadores: los Rosales, Toro, Parra, Postigo, Bermejo...Plaza de Abajo y Fuente de Arriba. Alora de los colegiales de Los Llanos que nos devuelve de nuevo al romance:

Las moras de quince años
llevaban el oro fino
y los moricos pequeños
llevan la pasa y el higo.

Y el oro fino es el testimonio dorado de su clara juventud y los higos, las pasas, las frutas simbólicas de Málaga, dulces como un moscatel de amistad y cariño. Y el secreto mágico de Alora lo sabe bien el poeta José María Lopera cuando dice:

En cualquier parte, dentro de ella misma,
se le anuda el misterio.

Una voz distinta desde una ciudad de lunas muertas nos llama buscando un ambiente puro o nauseabundo, fresco o irrespirable pero que remueva las viejas normas prceptivas hacia otras rotaciones fascinantes. Mas la cuciudad duerme envuelta en una musica negra de olvido, de letales costumbres, de cenáculos angostos. Es todavía hermosa esa ciudad como un viejo palacio maltrecho y realquilado a muchedumbres de romería o de campo de futbol. Yen la obra de Antonio Rodríguez, desde esa primera "Noche de arcanos y de fuego" hasta "Vértigo de la infancia" o"Cristal de niebla la sabiduría de la vieja urbe dejará su huella, quizá a pesar del autor, en destellos fugaces donde entrever columnas, río, mármol. Un sello - te he puesto como un sello sobre mi corazón - que como el plomo de una impronta medieval marca, ahoga, distingue, acaricia.

Hay un libro de Antonio Rodríguez, "El sueño de los cuerpos", clave para entender su labor poética. Si el sueño de la razón engendra monstruos como acertara Goya, el sueño de los cuerpos es un sueño de amor. Amor al qu que no le basta la corona de menta o de verbena rendida ante el domo de Eros ni la ideal elevación poética que nubla el propio ombligo como decía Juan Bernier, sino bajar por escalera de caracol hasta el pozo de sierpes donde resuella el bolfo caliente de la carne.

Atado al tiempo como a una cadena
el viejo fabricante de hielo
camina solitario por una calle entristecida.

Así comienza su viaje el viejo fabricante. No irá muy lejos pues explora grandiosa como Amazonas o Himalaya su propia individualidad. En esa calle entristecida que conocemos el familiar fantasma es el poeta ligado a su costumbre, es el hombre aislado en la hostilidad de los días, el silencioso crecer del tiempo borrando las horas en relojes de plata. Cansancia de luto ante el cruzar de vidas, de aparé apariencias, de desechados trajes comunes; mas la aventura mágica puede llegar cimbreante por la aveni-

da, capaz de dar enturbiar horarios , ritos, cánones inmutables:

Ella está alli junto al semáforo verde,

y con ella ese río de los entidos entrando por los ojos, el guante hiper. sensible de los tactos sobre la piel sudante, la ansiosa oquedad nasal abierta al perfume de cromáticas floras desconocidas.

Nada en este libro es lieratura de espejo. Las cosas estan en su sitio y todo es de este mundo, incluso las galaxias. No atravesaremos, como Alicia el vidrio plateado, la puerta que abre la galería de los sueños. La realidad está aquí en la materia terrenal, más imaginativa y brutal que los falsos Eldorados oníricos.

Y los miedos antiguos, el temblor del viaje a la oscuridad de las cosas, acechan como esas damas negras que salen al encuentro de los cipreses rojos, o ese bodegón que pinta el ocaso con manzanas desnudas y brillantes, con oscuras botellas donde duerme el posible suicida o esa mojada calle del asesinato. El cine, felinamente, avanza en los poemas.

No huye el poeta de los elementales quehaceres cotidianos que alimentan al fabricante de hielo: la línea 5 de autobuses, el despacioso afeitado, la cita en un café provinciano. Sabe que la rutina diaria tiene también su lírica y que esta no es privativa del paisaje de égloga, del almendro o del arroyuelo. El libro nos irá mostrando, como en "El hombre ilustrado" de Ray Bradbury, el tatuaje de vidas, las señales del pasado o del futuro con el alentar de lo que fuera nuestro. Sombras que dejaran la coloreada ilustración en nuestra piel, algunas con hondura de cicatriz imborrable, otras como pasajero arañazo. Cosecha de los días que se van con el viento como la paja de las eras.

Pablo García Baena

Leemos en unas páginas de Gabriel Miró: " En la consola brillaba la urna de la Virgen de los Dolores, ~~de faz~~ de faz de difunta en un losange de terciopelo negro, y el corazón de plata transido por los siete puñales, pero resplandecía como si se lo traspasasen muchas más espadas de dolor..." Muchas más espadas de dolor porque desde niños estamos viendo a esas queridas imágenes familiares, depositarias del sentimiento, guardadoras de secretos y ansias, compartir la pena de la casa en los oscuros días del infortunio.

Ellas, sagradas, presidian el diario ajetreo de los hogares, casi como intendentes celestiales, ~~desde~~ en sus cerrados camarines de ternura ~~instituí~~ instituídos por el hábito. Sobre credencias de curvas pródigas en los gabinetes poblados por la flora adamascada de las tapicerías; por las alcobas interiores, encima del mármol de las cómodas en lucientes fanales o en repisas de crestería ; en urnas grandes de pesados entalles isabelinos o en vitrinas de líneas geométricas con clavos y bisagras de metales imperio, su llanto enjoyado regía el llamado "cuarto de los santos", oratorio singular en el patrimonio de las costumbres cordobesas.

Estaba viva su tutela. Por los hondos portales sonaba la voz en eco: ¡ La Virgen de los Dolores! Eran los ancianos asilados de San Jacinto que llevaban por la ciudad las pequeñas urnas peregrinas, cajas de latón con un vidrio delantero que dejaba ver la imagen como una asustada paloma de luto posada sobre las flores. Besábamos el cristal y la moneda se introducía, sonando, en la demanda de metal pulido. Se alejaba el limosnero con su efigie menesterosa en súplica para los incurables de su hospital. Quedaba siempre en otros portales ~~el~~ la señal repetida: ¡ La Virgen de los Dolores !

Antonio Jaén ~~fe~~ ~~cha~~ fecha la popularidad de esta devoción en el final del siglo XVll, al fundarse la congregación ~~servit~~ servita. Y el modelo a seguir en el atavio de ~~es tas~~ estas réplicas será inmutable,

como el de la enlutada Señora de San Jacinto: manto y delantal de terciopelo negro galoneado, bordados ingenuos y a veces el tachón de diminutas estrellas metálicas. Corpiño ajustado y triangular, toca plegada y blanca donde alienta el corazón en plata sangrienta de puñales. Complementa el atuendo un rostrillo rizado cercando el óvalo de la cara, llorosa en simulación de cristales que parece enjugar el dispuesto pañuelo. El ajuar interior cubría totalmente la armadura de "candelero", generalmente pintada de azul, y consistía en enaguas y camisa listada de randas, moda morisca según la investigadora Carmen Bernis.

Como las grandes imágenes devocionales estas "hermanas menores" tambien recibían en dias señalados un culto semi-público. Era en noviembre cuando la lamparilla de Todos los Santos crepitaba en reducido purgatorio, rodeada por los retratos del recuerdo. El Viernes de Dolores las rosas de olor, las lilas, las celindas acercaban la primavera de los huertos a sus acristaladas cámaras. En mudanza casi procesional bajaban a las galerías del patio, a los cerrados recibidores húmedos donde se armaban los altares de Semana Santa, retablos blancos de sábanas almidonadas que en su rigidez anunciaban la losa del sepulcro. Desvelaban las saetas el rezo interrumpido por el sueño y el acompañamiento volvía, plañidero y monocorde, a la jaculatoria: "Dulces clavos, dulce cruz." Calaba el relente los brochados ropones, líquidas lentejuelas sobre los agremanes de los " santos menores", adormilados en sus símbolos: dedo tieso de San Juan, rizos y pomo de la Magdalena, llaves y espada de San Pedro. En su ermitilla del llano , el Señor del Pretorio sentía el frío del alba cuajando en lividéces las pintadas heridas.

La tradición oral las aureolaba de leyendas. Alguna fue bendecida por el obispo Alburquerque, otras acompañaron la soledad en vilo de las mujeres en las tardes taurinas de los Zurito, de los Camará o bien eran dejadas, más en torno de inclusa que aparición, en pue

tas que ya siempre llevaron el sello del Ave María. La temblante orfebrería de las flores de talco con mínimas aves de alcorza revoloteantes, los ramos de conchas marinas, los exvotos en plateada anatomía hacían dosel y fondo surgiendo de los floreros de opalina, de las decoradas porcelanas. La minucia llegaba a las arañas fingidas en cuentas de colores, lámparas de juguete que colgaban goteantes y laterales, casi venecianas, simulando alumbrar aquellas cárceles de amor. Todo un arte menor que implica desde el propio vestir a la fimbria de orillo, desde la disposición de manos y lienzos al entramado jardín de los ramilletes. Ornato detallista que tenía su obrador en las clausuras monacales, junto a los piñonates y los bordados de realce.

Salen ahora de esos retiros o de las otras clausuras de lo privado para ser admiradas y tal vez, en las pequeñas tallas, haya un punto de escrúpulo, de recato, celosas de guardar la confidencia de los deudos, la intimidad de la oración implorante, el oculto arrepentimiento. En sus confesonarios cristalinos no se cansan de oir cuitas, votos, pésames. Cuanto secreto pedimento en el fluir de las generaciones y qué atentos los brillantes ojos enlagrimados de misericordia, sabiendo y otorgando. Su materna dulzura nos devuelve, las manos en acogimiento generoso, el felicario que guarda en trémula ascua la luz y la memoria de otros días.

Pablo García Baena

Venían por el Camino de la Barca, los bañadores chorreantes sobre el pelo revuelto, la senda con altibajos de polvo y costuras de tierra reseca en surcos de carretones.

Era ya tarde en los relojes pero el sol seguía pesando sobre los hombros como un costal de fuego. Sonaba el río cerca en gajorrera escarpada, una linde de riscos, la otra en suave pendiente de tarayales donde un animal ignoto gañía perdido. Sobre el alto crestón, aquel cortijo blanco de cubos y paredones geométricos con ventanas azules. Nunca vimos mulos por su rodal, ni quien oxeara en los corrales, ni una nube de lana y de balidos. Blanco era también en el silencio de pecera de los sueños, cuando lo recorríamos de la mano de alguien y solo encontrábamos estancias vacías enjalbegadas de secretos, tapias para escribir alguna palabra parecida a la felicidad.

Venían los bañistas tardos, esperando el anochecer para el esquilmo de las higueras asomantes sobre las cercas ruinosas, dulce la fruta ajena en el serijo áspero de las hojas. Huertas de Aguayo, de Paparratas, de la Capilla, puente de los Diablos o de Santa Matilde, siempre la llama azul del azufre ardiendo tras el leño nudado de la cruz. Dividía el carril el arroyo de la Hormiguita, insomne en la noche cercana rayada por el desafinado luto de los grillos. Allí dejaron escondida la borrosa carta y el hálito del viento la alejó sonámbula, ceñida al collarín de las mensajeras.

Inaccesible mano de la noche derramando el enjambre claro de las estrellas, noche densa, no arrebatadme los huesos blanqueados de las piedras que guían en lo oscuro, el ADENTRAR temerario en la vigilia, el tránsito por los caminos adonde no regresaremos sino con la pisada fantasmal del recuerdo. Bultos emergiendo de las sombras, llevadme en el abrazo hasta el poema.

Se me piden unas palabras sobre Ginés Liébana, su pintura, sus iniciaciones, su crecimiento. Pienso que lo mejor será asomarse a ese abismo de la infancia-adolescencia que cruzamos juntos.Mirada a otro tiempo que tal vez salve del olvido a esos dos muchachos enlutados perdidos por el empedrado de las calles de Córdoba.

Conocí a Ginés Liébana en el entonces único Instituto, actualmente llamado"Luis de Góngora". El patio del ANTIGUO edificio - había sido colegio de jesuitas- relacionaba a los estudiantes de distintos cursos entre una clase y otra, bajo el cedro y la palmera de los arriates. Allí estaba Ginés ya con un punto de elegancia, de distinguirse en la indumentaria y lo recuerdo ahora con unos calcetines rojos y una capa impermeable para los goterones de aquellos años lluviosos de la infancia. Sentado en el largo banco de azulejos dibujaba sin pausa todo lo que se le pedía, más el enigmatico perfil de Greta Garbo en la " Reina Cristina" era como un ex libris en todos sus cuadernos y textos.

Mep parece ver las viejas aulas: la de Ciencias, con un firmamento pintado en el techo, casi de Tico Brahe, todavía con astros regidos por una mano creadora, anterior a la deshumanizada guerra de las galaxias, o la de Dibujo, con el yeso mutilado de la Venus de Médicis y la ronca voz de Don Abdón, el esfumino llevandose a los labios, reclamando silencio. Y lo que pomposamente se llamaba Gabinete de Física y Ciencias Naturales, donde se deshacian en crin vegetal unos tristes animales disecados entre bolillas de alcanfor y donde pudorosamente el orangután recogía en una bolsa lo que no debían ver las alumnas del colegio de Santa Victoria. O aquella otra clase honda del segundo patio en la que aun colgaba un retrato de Carlos lll que los jesuitas debieron abandonar como si de Satán mismo se tratara y donde Don José Manuel Camacho nos hablaba de preceptiva literaria y de gregoriano. Con botines de ante amarillo - eran los primeros botines que yo veía - , con sus lentes de oro y su aire de chalina bohemia, desmentido por el baston de dandy, con cansancio de viajero romántico atravesaba entre el respeto y la curiosidad de los alumnos Don Antonio Jaén hacia su alta tarima de Geografía e Historia. Alguna vez, en la clase friolenta, se quedaba en suspenso oyendo entre la lluvia las campanadas del reloj de la Compañía, como pálpito tardo de la ruinosa y amada ciudad.

Son los años en los que la República se debate en la intolerancia. Hasta la misma puerta del Instituto llegaban las huelgas, los soldados patrullando, la joven guardia, los ~~signos~~ gritos de un signo o de otro. Los colegiales solo pedíamos una vacaciones de Navidad más largas, pero ya una honda rajadura dividía a aquel rebaño cerril, marcado a fuego por siglas amenazantes.

~~Quizá fue el cine, la evasión~~

Quizá fue el cine, la evasión, lo que nos hizo amigos. Afinidades electivas. Pudo ser ~~la~~ " Tres lanceros bengalíes " la primera película que viéramos juntos desde la barandilla ~~del paraiso~~ de las gradas, en el Gran Teatro. O " El Cantar de los Cantares ", calificada en las tablillas de las iglesias como "inmoral y sacrílega" y en la que Marlene, con música de la "Salomé" de Strauss, vivía su doble noche de puritana y cabaret, despertando en mí una fidelidad perdurable.

Largas, continuadas charlas trasgrediendo horarios, intercambiando vida, humor, lecturas.¿ Que leían aquellos dos amigos en claro desacuerdo ya con el ambiente que les rodeaba? Era recién pasado el tiempo de Salgari, de Dumas, de Verne, de Walter Scott. Los piratas de la Malasia se alejaban en sus naves fantasmas - ay,la botella de ron ron - perseguidos por el entrecruzar espadachín de los mosqueteros y el estruendo de armaduras galesas. Se cerraba un capitulo del libro de lecturas, ~~el aleteo de un cuervo en la primera página~~ y se abría - el aleteo de un cuervo en la primera página - el subyugante mundo de Poe, de Dickens, de Baroja. Galdós respiraba más efectivo y palpable que las cercanas sombras familiares. La" Sonata de otoño" doraba de tisis las altas copas de los paraisos en el jardín de Jerónimo Páez y seducía ~~a~~ Julián Sorel en el paseo de los seminaristas.

Y el lápiz, y el color y las tintas de Liébana iluminaban como en~~a~~ el desvelo móvil del celuloide un sueño de heroínas llevadas en ~~barco~~ barroca imaginería procesional, de figurines para un teatro irrealizable. Era aquellas ~~ilegible~~ caligrafías ilusionantes gafas como las que daban en los cines para imaginar el relieve, eran una huida ante el naufragio de lo cotidiano agobiante.

Si pienso en aquellos días veo el piso donde vivía Ginés en Ramón y Cajal, con largos pasillos y el pequeño Sagrado Corazón bendiciendo, en el mes de junio, unos geranios rojos y el rezo de la madre y las hermanas. Luego la casa trágica de Bataneros de la que saldrían el

padre y el hermano, en un verano sangriento, para no volver: el patio pequeño y enlosado, la galería acristalada, la salita baja en decoración de la época en la que entraban los cactus, la rayada cama turca, los dibujos de Bosch o de Rivas, el desnudo de algún bibelot oriental.

Se oscurece la vida en torno nuestro. El tambor y las rogativas suenan incansables. Al amanecer, desde los puntos más lejanos de la ciudad, se oían los disparos de los fusilamientos ante el "blanco muro de España".
Tuvimos el miedo preliminar a una aparición: la poesía, como una amante pérfida y al acecho, surgía con bandejas de hiel y de oro entre los escombros y la pobreza. Pequeñas antologías furtivas con unas gotas de Juan Ramón, de Lorca, de los Machados, nos dejaban los labios agrieteados por la sed; y el limón de Cernuda. Durante un tiempo, amada Alfonsina, amada Gabriela, amada Juana. América, tras el alud de fuego de Rubén, de selvas y talas, de senos grandes como frutas calientes, de cóndores y besos y desvíos.

Por aquel escenario dramático de Bataneros aparecía fugaz y menesterosa, Amalia, la gitana que había sido modelo de Romero de Torres en los lienzos de la melancolía; grave, escueta, enlutada con un pañolón negro tenía la alegría triste de su casta. Reconocíamos en ella el veraz retrato de algunas de las cabezas de santas degolladas que Julio pintó en recuerdo de Valdés Leal, y le preguntábamos como descomponía el rostro de martirio. Ella contestaba lejana, huyente: " me dió una pastilla..." Y nos parecía el perfil de Amalia aquella mujer amenazante y encelada que desde un almanaque de Mariquilla nos encañonaba con una pistola, y que un día descubrimos, sobresaltados, al final de una galería alta de jazmines, en el caserón de mi tío Antonio del Pozo, en la calle del Reloj. Ahora sabemos por Mercedes Valverde que la modelo fue Elena Pardo. En el "liebanodrama" que Ginés tituló" Penumbrales de la Romeraca" hay mucho de estos recuerdo que se complementan con la ternura de Angelita Romero de Torres disponiendo ~~unas flores~~ unas rosas en una loza diciochesca ante el retrato de su hermano. La fijación de Córdoba por su pintor también nos hería.

Se suspendieron los estudios en aquellos meses finales del año 36 y primeros del 37. Cerrado el Instituto, clausurado el "Colegio Francés" de donde yo era alumno, desorientados, vacilantes, retraidos, aprobamos "cum laude", una asignatura: Córdoba. Con los "Paseos por Córdoba", las guias artísticas, las "Notas cordobesas", "Los hospitales

de Córdoba", intentábamos adentrarnos en el laberinto de una ciudad difícil y complicada tal un rosetón mudéjar.Con Rafael Cantueso íbamos a la Fuensanta, a San Basilio, al Espiritu Santo. Descubríamos Santa Cruz, la Piedad o el Corpus. Aprendimos a ver a Céspedes, a Castillo, a Saravia o Peñalosa. Teníamos nuestros cuadros, nuestras imágenes, nuestros retablos favoritos. Calles de la Cara, Postrera, Arenillas, Candelaria, Claustro.Sabíamos de la cornisa, del ciprés, del cierre. Averiguábamos los días y las horas en que estaban abiertas las ermitas de la Aurora, de San Juan de Letrán, de la Alegría.Conocíamos escudos, leyendas, huertos cerrados. Un dá día, con Josefina la hermana mayor de Cinés, visitamos el hospital de Jesús Nazareno. Colgaban en unas CORREDORES los cuadros de Torrado con escenas de la vida del fundador.Nos llamó la atención el lienzo en que los ángeles ofrecían al venerable enfermo un cestillo de fresas..Con mis anginas anuales yo también deseé el privilegio de las fresas.

Lejos de la batalla pero salpicados por su sangre ¿ quienes eran nuestros amigos? " Íbamos a casa de Carmen Guerra, en la plaza del Ángel. Profesora y bibliotecaria cesada de la Provincial, ella y su hermano Pepe nos facilitaban la ininterrumpida lectura de los clásicos que iba desde Werther a Eugenia Grandet, desde Ofelia a los Karamazov, astrales nombres fulgurantes que nos harían intimar para siempre con la familia de los libros. Un pequeño teatro infantil con con decorados y personajes que creaba Liébana, nos entretenía en las horas interminables regidas por el campanario de la Colegiata que anunciaba trisagios y oraciones para el tiempo de la calamidad.

Llegábamos, - calleja del Tesorero estrecha como una cañada de cal - hasta el patio primero del Museo Arqueológico, atravesando un largo y húmedo pasadizo,de pavimento adoquinado para los viejos carruajes. El heliotropo cubría como un plegado vegetal fustes, torsos, sillares. Crecían libres los dompedros, la albahaca. Con Isabelita y Fernando los hijos del director Don Samuel de los Santos, nos internábamos por el dédalo de salas, corredores, patios. La muerte, tan cercana en aquellos días, no nos asustaba al contemplarla en la desnudez ósea del " homo fossilis cordubensis". Otoño, lluvia, olvido. Las verdinas amortiguaban la lágrima de los pilones y el fruto de los naranjos de troncos encalados rodaba acre y oro junto al león ibérico.

Al atardecer asistíamos a las clases de Historia del Arte y Dibujo. El antiguo palacio de los Bernuy convertido en Escuela de Artes y O-

ficios nos conocía como sombras invitadas de Rafaela, de Remedios, de Quintín. "La feria de los discretos" nos había abierto aquellas puertas y canceles que guardaban secretos, jardines para los amores ilícitos, cuadras para el braceo de los ocho caballos que llevaron la carretela de Isabel ll. Fijábamos sobre delgado papel de confitero los blancos de la tiza y el negro de los carboncillos. Modelos de grifos rampantes, de ovas en vegetales grecas, de mensulas renacientes; el profesor Don Miguel Latás, canosa barba fin de siglo, nos indicaba con el tiento las correcciones adecuadas.

El castañar junto al Kilómetro 6, cercano a Piedrahita, "El Jardinito","Piquín", la "fuente del Arco". Siestas del verano bajo las umbrías de la Sierra a donde subíamos encandilados por el reclamo de unos amores ilusorios,novelescos, pretendidamente desgraciados. Iban primero cartas con citas virgilianas: "O rus quam ego adcipian". Nos sentaba bien, tan jóvenes, la inmadura tristeza. Senderos de los lagares, de los heliógrafos, de los anacoretas, que luego volveríamos a trajinar con Ricardo Molina en el anunciamiento de Sandua.

Una cierta normalidad volvió a orientar los cursos de bachillerato. Liébana ingresó en "Cultura Española" colegio que dirigían los hermanos de La Salle. Novato, fui al"Colegio Cervantes", que era de los maristas e inmediatamente pasé a la Asunción,anejo al Instituto. Nuevos amigos vinieron con nosotros, en la cercanía de gustos literarios: Faustino Fernández-Arroyo, AntonioGGarcía Pantaleón. Empezamos a formar unos cuadernos -ejemplar único- con poemas nuestros ilustrados por Ginés. Recuerdo algún título: " Catacumbas de algas", de Faustino, y "Escuadras" y "Por el mar de mi llanto", míos. Liébana ya tanteaba la musa festiva:

Calor pide el siberiano,
pide el africano fresco.
yo pido literatura
para el hombre analfabeto.

Aquellos cuadernos eran pequeños homenajes a Josefina, la hermana. Vivían entonces en la calle Horno de la Trinidad. Las tardes de verano subíamos a la azotea y mientras ella cosía o bordaba y Ginés hacía apuntes, leía yo en voz alta la "Segunda Antolojía" de Juan Ramón Jiménez. Volaban bajos los vencejos con el calor de Córdoba y la campiña llameaba de rastrojos. Ensimismados en el sortilegio, la poesía nos acercaba sus lienzos húmedos, su agua bebida en las manos de los amores presentidos:

Vino primero pura,
vestida de inocencia..

El día del Corpus de 1938 muere mi hermano Antonio. Tuve la revelación de como morimos en los otros; me sentí mutilado. Y ya los ~~nauerdos~~ recuerdos se agolpan. Conocemos a Juan Bernier en agosto del 40. Con su humana sabiduría ~~apos~~ apostólica nos abre los ojos a otros orbes, a otros paisajes anímicos, a otros ídolos. Liébana manda sus primeros cuadros a modestas exposiciones provinciales; uno de estos cuadros era una acuarela con el universo del "Cántico Espiritual": la naturaleza, como en un auto sacramental, tensa la corporeidad de los símbolos. Otro cuadro es "Thais", la cortesana de Alejandría, con toda su carga de pecados, lujo y muerte. Tertulias de Don Carlos López de Rozas donde la música sube en puro éxtasis como una tecnica para la meditación. Ilustraciones para las páginas literarias del diario "Córdoba". Liébana, en su búsqueda artística asimila el a la línea el temblor de los álamos de una elegía de Ricardo o el calor meridiano de un poema de Juan. Y así son las decoraciones y los figurines suyos para el "Cántico Espiritual" ~~de San Juan de la Cruz~~ que se representa en el centenario de San Juan de la Cruz con el rito teatral -casi ceremonia religiosa- propio de aquellos años. Cuando cae el telón Liébana se va de Córdoba. Será ya "Ginés Liébana. Ibiza, 35. Madrid.

Pablo García Baena

Había una imagen de San Bartolomé, en aquella ermita del Buen Suceso donde ibas de niño. De mirar adusto y barba ensortijada el Santo sostenía, firmemente apresado por una cadena un ser feble y simpático, alejado de las turbias alimañas del poema de Alfonso Canales, con pechos de mujer y bigote de aquías dalinianas como un transexual de ahora. Los niños le llamábamos "la diablilla", y los mayores nos contaban que el día de San Bartolomé, 24 de agosto, el Santo soltaba al demonuelo para sus diabluras, y aunque ese día, todos los años estaba amubarrado y silbante de vientos revueltos por la proximidad de los cobaruelos, la "diablilla" volvía formal a su cadena perpetua como si padeciera el síndrome de Estocolmo.

Ese sería mi primer conocimiento del ángel tenebroso y nocturno, luego vendrían sus secretos recados incesantes. Y es curioso que en esas alimañas del poema, y refe-rido "como cuerpo vivo de Aminadab", Alfonso cite el retablo de San Martín de Tours, pintado por el cordobés Bartolomé Bermejo.

Abren el libro las escasas citas literarias sobre Aminadab: la turbación temerosa de la Sulamita en el Cantar de los Cantares ante el horrible estruendo del carro y los caballos del Enemigo. En San Juan de la Cruz el cerco sobrecogido de las pasiones hacia que Aminadab tampoco aparezca ante la belleza perfecta y casta de la Esposa. Y esta presencia que parece inminente y constante y a la vez centelleante es,

según los Santos Padres, uno de los atributos más temibles del maligno, la serpiente antigua.

Parece que el nombre, Aminadab, sea corrupción de una otra palabra interpretada erróneamente, pues en el llamado "árbol de Jessé", la genealogía de la parentela de Jesús según San Mateo, figura ese nombre que a la luz de la ley, no le podemos atribuir la llamarada del azufre, tan imprescindible a todo trasterrado en el Exilio. Todo esto nos lo aclara el autor desde la página preliminar.

La edición de "Aminadab" es de 1965, pero unos años antes, en su libro "Cuenta y Razón", ya necesitaba Alonso la confirmación de una creencia que se esconde, y dice así, textualmente, en un poema: "mi ansia de estar seguro de Dios se me aparece cuando voy a afeitarme cada día". Sin duda los espejos son siempre puerta de lo cotidiano a lo desconocido, como saben Alicia, Eurídice y Narciso, que, en desnuda línea, si atraviesa el espejo hieren las aguas. La puerta que se abrió, que abrió Aminadab para Alonso, daba al claustro de la lógica jansenista y perfecta de Port-Royal.

Dice Canales - tal vez con modesta soberbia angélica - para disimular la indudable influencia de su libro en el insurgente movimiento culto - y no culturalista, como quiere Pilar Palomo - "que lo maléfico se hallaba ya en el

en el ambiente". Al menos por una vez el Maligno hizo el bien agitando el charco donde "Patos del agua chirle castellana" - Góngora dixit - zarandeaba la poesía de aquellos años, y tras "Aminadab" hubo aquí insistencia en duerbel, con los consiguientes exorcismos.

Y si Aminadab es sólo un nombre corrupto en los Cantares, en la poesía y en la patrística, tampoco en el libro de Alfonso aparece la bella bestia seductora, por más que el autor, con su profunda sabiduría escolástica lo conjure en pesquisa minuciosa por muelles anocheciclos en la lluvia, en vacías salas de conciertos, en el crujir de muebles por el sueño, y él es "el demonio que sonríe en la negrura", tal el verso del desdeñoso poeta sevillano. Alfonso insiste, lo cita al trapo, a la mugiente embestida, como ~~tordo~~ lidiador plantado en en el coro rondeño: Aminadab, Aminadab, los hombres ¿ya no conocen tu cuadriga? Y casi con la terquedad del treno davídico: Absalón, Absalón, hijo mío - prosigue el ensalmo: ¿Nadie te invoca, Aminadab? Monta tu tienda y tu valor / Requiere / tus más antiguos y olvidadas artes / A la envidia te llamo...

Mas el silencio cae como pesada púrpura y no responde el silbo ni el anillido. Aminadab sabe que los humanos ya no lo necesitan.

Probará Alfonso con otros señuelos para atraerlo: le nombrará la herejía,

la quimera del oro, la alquimia y su expirante deseo de juventud eterna, la cima de igualar el poder del Creador, la alegoría del Ouroboros, las serpientes que se devoran en el beso y los rituales mágicos renovaran la aspiración última del "Uno es Todo". El tentador es ahora Alfonso y elevará la planta de antiguas paganías para la danza de Pan en las siestas del Mediterráneo, empujará la reja del jardín del Edén y palpitará la carne con el roçido de la manzana y su larva. Las alimañas del lodo volaran hasta la cueva donde el Santo gime derritiéndose al hombre de Dios que arruza el cuerno paraclero. Y estará Caín sobre el arca santa y Gilles de Rais en el degüello floral de unos lirios al paso que arde la Doncella en Orleans y las celdas clausas de los iluminados fulguran con la locura de la santidad, y la boca áspera de blasfemias de los endemoniados vomita en lenguas babélicas y ASMODEO en el coro de las catedrales

¿Pero Aminadab? no, Aminadab es el silencio, el hombre, el hombre, el hombre.

En los días de la juventud y la ginebra, en la casa de Alfonso, el real sitio de Martínez Campos Uno, con Vicente Núñez o con Juan Valencia, y más recientemente, ¡pero cuanto tiempo! en la madrugada, con Juvenal Soto, las botellas vacías

rados para el feliz suceso, oímos su trompetería nasi alzándose en el

grito que lo anunciaba: era Admirada, la música de Wagner.

M A R L E N E

Cuando yo era niño el cine era un joven retrasado que aun no sabía hablar.Silencioso y cauto se iba ~~aduenñando~~ adueñando de juegos y de sueños, con héroes a los que el énfasis de la expresividad les bastaba para que descifráramos aquellas charadas folletinescas. Y conocíamos como si fueran vecinos nuestros las vidas de huérfanas y malvados, de perros valientes y ~~mñíos~~ afónicos, de reinas que arrastraban sus mantos sin un grito por las escalinatas de la desgracia. Sus adorados nombres aromáticos enriquecían nuestra colección de cajas de cerillas : Nita Naldi, Lya de Putti, Theda Bara, Norma Talmadge. El dulzor de unos caramelos se hacía más apatecible al envolver en su papel untuoso trozos de celuloide con sus gastadas muescas paralelas y escenas de "El signo del Zorro","Armas al hombro"o "Violetas imperiales". Cuando el ruido irrumpe en las salas oscuras el sobresalto hace que miremos de reojo a los pasillos mientras pasa el alud de nieve de "Monsieur Le Fox"o los aullidos de las fieras de "El Arca de Noe" y "Trade Horn". Unas gafas de encontrados colore, rojo y verde, nos ayudaran a ver en relieve la ebullición de los calderos goteantes sobre las victimas en "Los crímenes del museo de cera". Con los años el rubor subirá hasta la cara de los asistentes con el colorido de cromo que el tecnicolor impone en arenas y nubes de "El jardin de Alá", o creeran ensordecer con las nuevas formulas de fragor tempestuoso para el Calvario en "La túnica sagrada". El espectador, con Azorín, añorará aquellos bosques de imágenes en claroscuro, aquel idioma gestual que imponía el silencio de claustro como armonía suprema. Algun periodista al escuchar por primera vez la dicción honda de la Garbo escribió que el mundo no se perdería del todo al haber dado los cielos"voz de gruñido" a la "Divina". Esa voz gutural qu ya sería imprescindible como el adulterio o las plumas a la femme fatal

Me llevó mi padre a la proyección de "Ben-Hur" , la película de Fred Niblo con Ramón Novarro. Impaciente en mi asombro veía el pozo de Nazaret

vertiendo un agua de milagro, los leprosos surgiendo como raices entre las piedras, los látigos restallando sus eses mudas y cortantes sobre los remeros de las galeras. Me adentraba como un "extra" más en el fingido universo de telones que me abrían, una puerta tras otra,la curiosidad, la sorpresa, la fantasía. Despertaba a un mundo donde la crueldad imperaba en la belleza y la inocencia desconfiaba de la redención.

Si "Ben-Hur" coronó el país de la infancia ya tan poblado de piratas malayos, de campaneros medievales y galopadas indias por los cañones del oeste, "El Cantar de los Cantares" fue el deslumbrar de la adolescencia Por primera vez Marlene Dietrich se apartaba de la densa fascinación de penumbras con las que Von Sternberg la envolvía como la liturgia necesaria a todo misterio. Pasado el tiempo supe que "El Cantar de los Cantares" dirigida por Rouben Mamoulian no fue una pelicula de éxito y la misma Dietrch la desestimaba, pero para aquel colegial de instituto que ya intuía la mordida de lo literario sólo el título era el pálpito de un corazón adolescente que busca y presagia más que el amor la entrega del cuerpo bajo el airear de los cedros bíblicos. Cuando en las primeras secuencias y bajo un cielo de tormenta Lily-Marlene vuelve los ojos de lágrimas hacia la sala supensa es decir hacia el espectador , hacia mí, entendí que había encontrado no aquellas frases ridículas del "eterno femenino", "el ángel de Hielo", "la diosa carnal", que repetían incansables las revistas de la época"Cinegramas" o "Films Selectos". Había encontrado la idea, un código de valores, una ética y un canon para el artificio de la literatura. El andamiaje necesario sobre el que montar y arrojar al vacío con las alas ortopédias de Leonardo, la creación artística.

Sonaba la "Salomé" de Strauss y a la luz de la vela leía Lily en la virginidad de su dormitorio los versículos de Salomón:"Oh, si él me besara con ósculos de su boca". Recibía más tarde las reprimiendas de su tía amargada por aquella herencia de una chica " con siete faldas y una Bibl

Biblia" y ya en el karma del melodrama provoca el incendio del castilloa al derribar un quinqué la cola de su traje de baronesa Travis Banton. No importaba lo convencional de la historia; aun prestándose a todas las indignidades de su leyenda ella emergía sola como isla visionaria en el humo de una abstracción, en el espejismo de los haces lunares lunarios. Era el arte mismo y conocía para dominarlos con una mirada, un estirar de medias o el satén de una sonrisa que apenas se dibuja, todos los arcanos de la materia. No, ella no era de carne como en la canción de Hollander, era luz de un sueño que enajenaba a los fieles en el cuarto negro de su secta. Sus dioses, en la lealtad al Walhalla germánico, fueron Disciplina, Weimar, Goethe, Rilke; sus amigos eran Remarque, Cocteau,Hemingway y ella fue Lola-Lola,Shanghay Lily, Bijou, Erika, Ángel o Concha Pérez. Enmascarada en esas fábulas la diva se reía de sí misma. Sólo la vimos realmente ella donde no apareció: el impresionante documental de Maximilian Schell.

No"nací con el cine"tal el memorable verso de Alberti, pero si vivo con el cine y hasta algunas escenas las he trasladado a mi vida.Mi poema "Palacio del Cinematógrafo"inauguró este año el"Festival de Cine Hispano Americano" de Huelva. Películas tan diversas como "M", "Orfeo Negro", "Teorema","El festín de Babette" o "El jinete palido tienen mi admiración pero no sería sincero conmigo y traidor a la "Diosa" si recomendara otros films que no fueran los suyos. La objetividad es loable pero el fervor no se vende.

Pablo García Baena

Conocí a Adolfo Sánchez Vázquez en "Villa Angelita", la casa de Bernabé y Quinín en los Campos Elíseos, hace ya (como de casi todo) muchos años. Ahora ellos, B. y Q. están definitivamente en los Campos Elíseos.

Según José Luis Cano en su "Antología de poetas andaluces contemporáneos" Adolfo Sánchez Vázquez es malagueño, nacido en 1912. Datos más ciertos lo hacen de Algeciras y de 1915. De todos modos su niñez y primeros estudios con sus correspondientes primeros enfrentamientos políticos transcurren en Málaga, pasando a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid, en aquellos días bajo el alto magisterio elitista de Ortega y Gasset

Dos vertientes, la literaria y la política, ambas combativas, se unirán en Sánchez Vazquez desde la primera juventud.

En 1935 cuando ya resonaba el paso de hierro de los ejércitos funda en Málaga "Sur", la revista que hoy se presenta y ese mismo año

dirige con José Luis Cano "Línea", publicación eminentemente social. ~~En~~
En los años trágicos de la guerra dirigió "Ahora", el diario de las
Juventudes Socialistas Unificadas, "Pasaremos", órgano de la División que
mandaba Líster (y donde colaboró Miguel Hernández) y un diario del
frente llamado "Acero". Esta vocación irrefrenable continuaría en el bar-
co "Sinaia" que le llevaba a México y donde había un periódico de a bor-
do con Juan Rejano y Pedro Garfias. Desde ese buque verían alejarse las
tierras calcinadas de España, para algunos de aquellos ~~marinos~~ desterrados
por última vez.

Ya en México, sigue la dirección política y cultural, participando en
la fundación de "Romance", publicación que aúna la labor de los escritores
~~españoles~~ españoles y mejicanos y años más tarde funda con los ilustres del
exilio la Unión de Intelectuales Españoles en México y su revista "Ultra-
mar".

De estos largos años de México nace la voluntad de consagrar más
tiempo a la reflexión, ahondando su formación teórica marxista, prestan-
do más atención a la filosofía que a las letras. Su ensayo "Conciencia y

y realidad en la obra de arte de arte". le licencia en Filosofía, obteniendo el doctorado con la tesis "Sobre la praxis". En un proceso gradual al que no son ajenas las vicisitudes del codificado "marxismo-leninismo", Sánchez Vázquez avanza en su trayectoria hacia un pensamiento abierto, libre, crítico, guiado por los dos principios ejes de Marx: "dudar de todo" y "criticar todo lo existente".

Entre la veintena de sus libros publicados destacaríamos Filosofía de la praxis", "Ciencia y Revolución", "Las ideas estéticas de Marx", "Etica", etc. De entre ellos (y alejado de ellos) está el libro de poesía "El pulso ardiendo", escrito en los días pre-bélicos, libro perdido y recuperado en las manos generosas y libres de Manuel Beltaquirre. De esa tarea poética que se mantuvo en el más duro destierro quiero, para terminar, leer los últimos versos estremecedores de un soneto titulado "Nostalgia":

¡Oh ciega fuente de melancolías
que se lleva tan solo nuestro olvido
y nos deja tan solo la tristeza!

¡Como mueves en mi todos los días
y en tu niebla recolva su sentido
la España a la que vuelvo la cabeza!

ELEGÍA ANTICIPADA

El centenario de Luis Cernuda que celebramos en este año, me hace escoger en el difícil azar de la elección, un poema suyo. Sé que no soy justo ni siquiera verdadero en este juego y hasta mi fervor juvenil por Cernuda no es el mismo ahora, aunque si mi fidelidad. Pero los naipes –los poemas- marcados serían legión y el tiempo del recuerdo juega a favor del sevillano desdeñoso.

Varios cementerios, sin duda ingleses, jardines semiocultos junto al tráfico de la ciudad, tienden sus ramas sedantes por la obra de Luis Cernuda. No son lugares de muerte, sino de descanso y sosiego, con niños jugando y mayores sentados en los bancos en espera, ni alargada, ni impaciente. Paz es lo que piden los borrosos nombres y las verjas musgosas. Así vi el de Oxford, junto al gótico y el de Newcastle, de guijarros blancos entre el césped. Nada más opuesto al camposanto de Torremolinos, alegre de flores como un cuadro naïf, abierto y alto al orear marino, escenario de la *Elegía anticipada*. Vicente Aleixandre equivocó el lugar, creyendo reconocer en lo que no se nombra el cementerio inglés de Málaga.

Camino de la playa, abierto en la dominante roca, a diario pasa junto a las tapias de cal la juventud del deseo y la guitarra. Allí Luis, si allí descansara, *donde el amor fue suyo un día,* no sentiría la soledad.

Antología de VISOR

ELEGÍA ANTICIPADA

Por la costa del sur, sobre una roca
Alta junto a la mar, el cementerio
Aquel descansa en codiciable olvido,
Y el agua arrulla el sueño del pasado.

Desde el dintel, cerrado entre los muros,
Huerto parecería, si no fuese
Por las losas, posadas en la hierba
Como un poco de nieve que no oprime.

Hay troncos a que asisten fuerza y gracia,
y entre el aire y las hojas buscan nido
Pájaros a la sombra de la muerte;
Hay paz contemplativa, calma entera.

Si el deseo de alguien, que en el tiempo
Dócil no halló la vida a sus deseos,
Puede cumplirse luego, tras la muerte,
Quieres estar allá solo y tranquilo.

Ardido el cuerpo, luego lo que es aire
Al aire vaya, ya la tierra el polvo,
Por obra del afecto de un amigo,
Si un amigo tuviste entre los hombres.

Y no es el silencio solamente,
La quietud del lugar , quien así lleva
Tu memoria hacia allá, mas la conciencia
De que tu vida allí tuvo su cima.

Fue en la estación cuando la mar y el cielo
Dan una misma luz, la flor es fruto,
y el destino tan pleno que parece
Cosa dulce adentrarse por la muerte.

Entonces el amor único quiso
En cuerpo amanecido sonreírte,
Esbelto y rubio como espiga al viento.
Tú mirabas tu dicha sin creerla.

Cuando su cetro el día pasa luego
A su amada la noche, aún más hermosa
Parece aquella tierra; un dios acaso
Vela en eternidad sobre su sueño.

Entre las hojas fuisteis, descuidados
De una presencia intrusa, y ciegamente
Un labio hallaba en otro ese embeleso
Hijo de la sonrisa y del suspiro.

Al alba el mar pulía vuestros cuerpos,
Puros aún, como de piedra oscura;
La música a la noche acariciaba
Vuestras almas debajo de aquel chopo.

No fue breve esa dicha. ¿Quién pretende
Que la dicha se mida por el tiempo?
Libres vosotros del espacio humano,
Del tiempo quebrantasteis las prisiones.

El recuerdo por eso vuelve hoy
Al cementerio aquel, al mar, la roca
En la costa del sur: el hombre quiere
Caer donde el amor fue suyo un día.

A L F O N S O C A N A L E S H I J O P R E D I L E C T O D E M A L A G A

Si ya Alfonso, hace años, llamó a Málaga ciudad madre ¿ quién extraña que ahora la respuesta municipal de Málaga, tardía eso sí, sea la titularidad de una predilección ?

Porque predilecto de las musas en festín ya lo fue desde los días de " El Candado, desde los frutos rojeantes y el balcón abierto al agua limpia de niñez. Y su obra creció como los árboles aquellos en su cima de júbilo y las palabras llegaron exactas a sus nidos , aves de luna y silbos en libros que se abren y estan allí los cantos terrenales, la zarpa del amor, el puerto en galeones de destino, las casas donde el hombre fraguó su vida."En esta tierra en que seré, me llama".

Y bien que respondió Alfonso a esa llamada con una obra erguida de rigor en armonía, tal esfera en la música celeste, con el orden inmutable de las estrellas, con la fronda que ampara, por igual oscura, a un Dios ignoto y a un Aminadab acechante.

Pero, ¿ de verdad Alfonso no era hasta hoy Hijo Predilecto de Málaga?

Había una imagen de San Bartolomé en aquella ermita del Buen Suceso donde ibas de niño. De mirar adusto y barba ensortijada el santo sostenía, firmemente apresado por una cadena, un ser feble y simpático, alejado de las turbias alimañas del poema de Alfonso Canales, con pechos de mujer y bigote de guías dalinianas como un transexual de ahora. Los niños le llamábamos la diablilla y los mayores nos contaban que el día de San Bartolomé, 24 de agosto, el santo soltaba al demoñuelo para sus diabluras, y aunque ese día todos los años estaba anubarrado y silbante de vientos revueltos por la proximidad de las cabañuelas, la diablilla volvía formal a su cadena perpetua como si padeciera el síndrome de Estocolmo. Ese sería mi primer conocimiento del ángel tenebroso y nocturno, luego vendrían sus secretos recados incesantes. Y es curioso que en esas alimañas del poema y referido *como cuerpo vivo de Aminadab*, Alfonso cite el retablo de San Martín de Tours, pintado por el cordobés Bartolomé Bermejo.

Abren el libro las escasas citas literarias sobre Aminadab: la turbación temerosa de la Sulamita en el Cantar de los Cantares, ante el posible estruendo del carro y los caballos del Enemigo. En San Juan de la Cruz, el cerco sosegado de las pasiones hace que Aminadab tampoco aparezca, ante la belleza perfecta y casta de la Esposa. Y esta presencia que parece inminente y constante y es a la vez cautelosa figura, según los Santos Padres, como uno de los atributos más temibles del Maligno, la serpiente antigua.

Parece que el nombre Aminadab, sea corrupción de otra palabra interpretada erróneamente, pues en el llamado árbol de Jessé, la sagrada parentela de Jesús según San Mateo, figura ese nombre que a la luz de la fe, no le podemos atribuir la llamarada del azufre, tan imprescindible a todo transterrado en el Erebo. Todo ésto nos lo aclara el autor desde la página preliminar.

La edición de *Aminadab* es de 1965, pero unos años antes, en su libro *Cuenta y razón*, ya necesitaba Alfonso la confirmación de una creencia que se esconde, y dice así, textualmente, en un poema: *Mi ansia de estar seguro de Dios se me aparece cuando voy a afeitarme cada día*. Sin duda, los espejos son puerta de lo cotidiano a lo desconocido, como saben Alicia, Eurídice, y Narciso, que, en Lezama Lima *si atraviesa el espejo hierven las aguas*. La puerta que se abrió, que abrió Aminadab para Alfonso, daba al claustro de la lógica jansenista y perfecta de Port Royal.

Dice Canales –tal vez con modesta soberbia angélica- para disimular la indudable influencia de su libro en el insurgente movimiento culto –y no culturalista como quiere Pilar Palomo- *que lo maléfico se hallaba ya en el ambiente*. Así al menos por una vez, el Maligno hizo el bien agitando el charco donde *patos del aguachirle castellana* –Gongora dixit- naufragaba la poesía de aquellos años y, tras *Aminadab* hubo gran insistencia en Luzbel con los consiguientes exorcismos.

Y si Aminadab es sólo un nombre corrupto en los Cantares, en la poesía, y en la patrística, tampoco en el libro de Alfonso aparece la bella bestia seductora, por más que el autor, con su profunda sabiduría escolástica, lo conjure en pesquisa minuciosa por muelles anochecidos en la lluvia, en vacías salas de conciertos, en el crujir de muebles por el sueño y él, es *el demonio que sonríe en la negrura*, tal el verso del desdeñoso poeta sevillano. Alfonso insiste, lo cita al trapo, a la mugiente embestida como lidiador plantado en el coso rondeño: *Aminadab, Aminadab los hombres / ¿ya no conocen tu cuadriga?* y casi con la ternura del treno davídico *Abasalón, Absalón, hijo mío* prosigue el ensalmo: *¿nadie te invoca, Aminadab? Monta tu tienda y tu valor / requiere / tus más antiguas y olvidadas artes / a la envidia te llamo...*

Mas el silencio cae como pesada púrpura y no responde el silbo ni el aullido. Aminadab sabe que los humanos ya no lo necesitan.

Probará Alfonso con otros señuelos para atraerlo: le nombrará la herejía, la quimera del oro, la alquimia y su expirante deseo de juventud eterna, la cima de igualar el poder del Creador, la alegoría del Oroboros, las serpientes que se devoran en el beso y los rituales mágicos renovarán la aspiración última del Uno es Todo. El tentador es ahora Alfonso y elevará la flauta de antiguas paganías para la danza de Pan en las siestas del Mediterráneo, empujará la reja del jardín del Edén y palpitará la carne con el vagido del crimen en la manzana y su larva. Las alimañas del lodo volarán hasta la cueva donde el santo gime derritiéndose al hambre de Dios, que azuza el cuervo panadero. Y estará Caín sentado sobre el Arca Santa y Gilles de Rais en el degüello floral de niños lirios al par que arde la Doncella

en Orleáns y las celdas clausas de las iluminadas fulguran con la locura de la santidad y la boca, áspera de blasfemias de los endemoniados, vomita en lenguas babélicas y ríe Asmodeo en el coro de las catedrales.

Pero Aminadab no, Aminadab es el silencio, el hombre, el hombre, el hombre.

En los días de la juventud y la ginebra, en la casa de Alfonso, el real sitio de Martínezcamposuno, con Vicente Núñez o con Juan Valencia, y más reciente ¡pero cuánto tiempo! en la madrugada, con Juvenal Soto, las botellas preparadas para el feliz suceso, oímos su trompetería nazi alzándose en el grito que lo anunciaba: era Aminadab, la música de Wagner.

VESTÍBULO DEL LIBRO

PABLO GARCÍA BAENA

Todos los años con la primavera, en Andalucía con las palomas de los parques, en Cataluña con San Jorge y las rosas, los libros entreabren la corola de sus páginas como si florecieran en el verdor de hojas de un árbol prodigioso. Y tiene también este sacar de libros a la calle, en escaparates y ferias, algo de procesión de rogativas, de preces *ad petendam pluviam*, pues raro es el año que la lluvia no hace del libro papel mojado y anega la parihuela gestatoria donde pasea don Miguel de Cervantes como reliquia principal y alcabalero de las letras, él que tanto supo de calamidades y sequías, de caminos polvorientos y sembrados resecos.

Ese árbol que crece en lozanía de libros será el árbol de la vida plantado en el centro del jardín del edén o el árbol de la ciencia del bien y del mal, pues con el primer hombre va también la crónica de su existir, los hechos que se dejaron en signos sobre las rocas, en bóvedas de cuevas donde la noticia de la caza o la guerra de ágiles arqueros tendrá el olor nuevo del reportaje, el olor de la tinta fresca. Y serán esos dibujos un mensaje angustioso de comunicación, el jeroglífico de un lenguaje que busca el contacto entre los hombres.

Pero el libro no es sólo grafismo. Hasta llegar a fijarlo en ediciones de barro seco o de madera, en documentos y rollos, o en arquitecturas que sean un texto vivo que proclama una hazaña, el libro es oral y anónimo, susurrado de boca a oreja o ensalzado en cantos que pueden ser himno, epopeya, poesía, todos los géneros literarios vivos en la tradición hablada como los romances castellanos o los cuentos que oimos de niños.

«Un niño tiernamente asomado al universo» dijo Jorge Guillén. Y este niño que es la infancia de la humanidad, no sabe escribir pero inventa y fabula ese realismo mágico que aventaja la creación del más grande poeta y ellos, los niños, saben que el gato es un tigre terrible de ojos verdes al que un

ángel le cortó las uñas. Y que la niebla de un armario puede hacerlos invisibles si no ríen y que la piedra que hierve de hormigas ocultará el plano de un tesoro pirata. Y el mar es una caracola y una guija blanca un amuleto y un trapo desechado el manto de una reina. La Tierra entera sólo será un balón azul entre las nubes. A ellos les basta con mirar y guardar en la película virgen de su retina todo el esplendor del mundo que inauguran: la geometría del lirio, el insecto de precarios alambres y cristales, el dormido ogro de la montaña. Aún no está la letra pero sí la música, el conjunto de señas, el son de la idea, las palabras balbucientes que no son escriturarias sino existenciales: el lenguaje de los ojos, el de las flores, el hermético de la cábala, y el sagrado de los astros. Luego vendrá el libro en la búsqueda del conocimiento, del motivo y la causa; y entre los vegetales gigantes de las selvas ignotas, en la maraña de lo desconocido sonará claro y doctrinal como un libro el tam-tam de la experiencia.

Tras ese mundo niño llegarán los escribas sentados sosteniendo funerarios papiros, los funcionarios asentadores de los días del sol, la memoria histórica de las inundaciones y las batallas.

Y abrirá el Apocalipsis su misterioso libro de los siete sellos sobre los que reposa el Cordero de sangre; y al crujir de sus páginas galoparán bermejos y negros los caballos del poder y del mal, los jinetes soberbios y vengativos entre las llamas de azufre de la desolación, mientras brilla siniestra la estrella de ajenjo. Mas los justos, de alma de lino, pastorearán por valles de frescura hasta la fuente viva de las aguas bajo pabellones venturosos. Tal vez sea ese libro amargo del Apocalipsis el que lee, pétreo e indolente, desde 1486, recostado en su tumba de la catedral de Sigüenza el doncel don Martín Vázquez de Arce, muerto en campos andaluces. Lector impenitente y escéptico espera sin duda el son de la trompeta que anuncia el final de los tiempos para levantarse de su yacija y cerrar para siempre el libro de sus días. El lector lleva siempre una doble vida secreta.

Los cronistas, las lápidas, los vítores cuentan la heróica muerte del doncel don Martín y en ese árbol, que imaginamos cuajado de libros como los círculos que enraman de nombres las arboledas genealógicas, cuelga fantástico el florilegio de otros guerreros que sólo vivieron en el soñar de los libros de caballerías: Tristán de Leonís, Lisuarte de Grecia, Palmerín de la Oliva, Leandro el Bel, Falangrís de la Gran Bretaña, Policisne de Beocia. Y ellas, las altas damas de escabel y escriño serán doña Ginebra, doña Lambra, la princesa Magalona de Nápoles, o Claridiana «hermosa aurora mía», por quienes supiraron sus enamorados librándolas de padres insestuosos, de trasgos y malandrines en torneos de bélicas lizas galantes, donde lo erótico acecha entre el listel de los blasones y las cimeras derramantes de plumas como coquetas aves altivas. No faltarán las dueñas enlutadas y alcahuetas ni el diligente escudero que ejerce el necesario oficio del celestineo y la tercería. Mas de todos esos nombres y de sus imaginarios encantamientos darán cuenta el cura y el barbero, la sobrina y el ama en el escrutinio de la biblioteca de Alonso Quijano el Bueno, en esa ordalía festiva, en ese deporte nacional que son las piras inquisitoriales y que encendemos al menor descuido con santa intransigencia. Arrojados por el ama desde la ventana al corral, fueron quemados en efigie libresca toda la saga de los Amadises, de los Olivantes y Esplandianes, como causantes de la justa locura de Don Quijote. Singular auto de fe que tuvo como demoñuelos atizadores al ama y la sobrina, y como jueces del Santo Oficio al cura y al barbero. También Quevedo hunde en las infernales zahurdas a letras y autores: «un demonio le comenzó a atormentar con humazos de hojas de sus libros y otro a leerle algunos dellos». La vesania de la quema de libros llega hasta nuestros días como exorcismo protector de materias prohibidas en índices dogmáticos. A veces arden juntos, consumidos en la misma brasa el creador y su obra. Siempre fue arriesgado oficio el escribir.

PAUSA

«Los idiomas nacen del arado y de la honda del pastor» dijo Valle-Inclán. Campesino linaje de las lenguas que suenan y se hacen en parameras altas, en sotos de álamos que menea el aire, junto al mar culto y azul de la historia. La lengua, tierra extensa de los pueblos. Y apenas nacida, su vitalidad de aguilucho para volar fiera y dominante se manifestará en el imaginar oraciones, conjuros, hazañas, adagios, en el inventar panteones de crueles dioses humanos, de gorgonas y grifos, la zoología fantástica de animales celestes con cuernos y alas y garras y escamas. En un amanecer de ese mundo que repta en el légamo, la oralidad, tan grata a Vicente Núñez, se hará escrita con la punzante lanceta, en la caña aguda, en el pincel floral de los sabios y los miniaturistas. Volverá la noche de fogatas, el crujir del hierro en los combates, la espera de los bárbaros. Y cuenta Borges: «arrasado el jardín, profanados los cálices y las aras entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles, y los vituperaron y los quemaron».

Volvió el espíritu a la sombra románica de las abadías y en San Millán de la Cogolla de Suso, junto a las vides enrracimadas y cárdenas brota la cepa novel, el majuelo florido de la lengua castellana, de manos del lego amanuense que orla de palmas y lacerías las primeras crónicas. Lengua y escritura inician su parada nupcial.

Imaginaos un monasterio medieval, no tan lejano ni siniestro como el de Umberto Eco en «El nombre de la rosa», sino San Pedro de Cardeña en la biografía novelesca que hace de doña Jimena Díaz de Vivar la inestimada y admirable escritora María Teresa León. El joven lego amanuense se retiraría al silencio fresco de la biblioteca, junto a la vidriera abierta a la mañana de verano, a las amarillas eras donde la vista vuela y se pierde hasta los lejanos castillos. Allí están centinelas eternos, almenados, —horca, pendón, cuchillo— como un sello de poder y de hierro sobre la tierra rugosa y rezadora. Suena la esquila entre el siseo de los vencejos y en la

cocina los garzones legos le acercan a fray Malo hierbas montunas y pimientos rojos para los adobos. Respira hondo al verano el joven amanuense y los pájaros picotean las uvas pintadas entre el follaje de la orla, que su paciencia va esmaltando sobre el pergamino. Pasan las horas canónicas y el aire es de cristal en la mañana azul como un milagro de Santa María:

> Ya crieban los albores e vinié la mañana
> ixié el sol, ¡Dios, qué fermoso apuntaba!.

Ya pueden cantar los gallos aurorales del Mio Cid de Vivar:

> Apriessa cantan los gallos
> e quieren qrebrar albores.

Alfonso Reyes, en su «Teoría de la Antología», apunta de algunas colecciones monográficas, particulares, que se pueden formar como ilustración personal y accesoria y nos propone, siempre desde su litoral americano, varios temas: los cisnes, los pianos, los murmullos del bosque, los ríos. Sería curioso en la poesía española oir el clarín de los gallos que se inician con el alba del Campeador hasta «la piqueta que cava buscando la aurora» en Lorca o el repetitivo «quiebran albores» de Adriano del Valle o el gallo que encontró un zafiro de Juan Ruiz o los gallos ¡tantos! del Romancero. Ninguna cita aventajaría —tal vez como ilustración algún gallo fiero de Picasso— a la lujosa, exacta, colororista, culta imagen que encontramos madrugadora en el bestiario deslumbrante de don Luis de Góngora:

> crestadas aves
> cuyo lascivo esposo vigilante
> doméstico es del sol, nuncio canoro,
> y —de coral barbado— no de oro
> ciñe, sino de púrpura, turbante.

En esa memoria poética que es el mirar hacia lo interior de cada uno hemos visto —historia— la grafía del lego emilianense. Es ese paso primero que luego los juglares de tamboril y cítara irán agrandando con el habla del pueblo, con la viveza ruda de arrieros y soldados. Quede el latín para las cátedras, el púlpito, los estrados cortesanos. Y surgirá llana, implorante, delicada, la voz en «roman paladino», de Gonzalo de Berceo cantando huérfano la misericordia de la madre, Nuestra Señora:

> El prado que vos digo había otra bondad,
> por calor nin por frío non perdía su beldad.

Y cómo olvidar en estos misterios gozosos del libro y de la lengua aquel clérigo grande que amaba la vida, sus amoríos alegres y trashumantes, el aunar del libertinaje y las devociones —y en ésto fue muy andaluz y acorde con esa certeza que mantiene Carmen Juan Lovera de su nacimiento en Alcalá la Real—. Hasta el rígido y virtuoso Menéndez Pelayo supo ver que «en el Arcipreste todo habla a los ojos, todo se traduce en sensaciones y pasa un viento de poesía entre risueña y acre»:

> En el nombre de Dios fui a misa de mañana.
> Vi estar a la monja en oración: lozana
> alto cuello de garza, color fresco de grana
> ¡desaguisado hizo quien le mandó vestir lana!

La poesía trae días gloriosos al romance pero el cultismo latino se sigue enseñando como medio de expansión, de cortesía, y de poder. El secretario de letras latinas es a la vez escribano de cámara del rey y ordenador de su historia. Este es el cargo que ocupa Juan de Mena en el reinado de don Juan II. Mas el mismo Mena consideraba que para la delicada lengua poética no era apto el rudo y desierto romance, el tosco, humilde, bajo lenguaje del pueblo; pero éste, si no escalaba las

gradas áulicas sí corría fresco y vivo, popularista y pícaro entre mendigos y frailes, mozas de cántaro y estudiantes. Intentó Juan de Mena dignificar el lenguaje con giros latinizantes o toscanos como haría luego el otro cordobés, Góngora. Algo quedaría de aquel intento culto en el imparable anegar de una lengua que, caudalosamente, incorporaba todo vocablo jugoso y útil, desde la corrupción de la romanía a la fonética gutural de los árabes endulzada de olores: adelfa, alhelí, azahar. El mestizaje quedaría listo para el injerto de las voces americanas.

Un rejón de gallardía a favor de ese pequeño gigante que se mueve díscolo es el «Arte de la lengua castellana» de Elio Antonio de Nebrija, primera gramática en lengua romance. El Renacimiento embriaga como una alegre primavera del mundo que se hace más grande con las deseantes faunas y floras vírgenes, aguardando tras la mar oceana.

Los libros de coro, los evangeliarios, los misales, los códices, los antifonarios abren sus páginas doradas como retablos estofados sobre los facistoles, los atriles y las credencias. Trabajan los iluminadores, los pergamineros, los calígrafos; suben las parras salomónicas, las geometrías mozárabes, las letras capitulares enjoyadas de cintas o de flores alargan sus trazos como cuellos de cisnes. Y entre el verdear de estas frondas se abren las capillas aveneradas para Santa Orosia, para San Fructuoso, para San Valerio. La principal hornacina muestra a Nuestra Señora de los Buenos Libros. Alternan en estos vegeles de color las sierpes con las espinas de la Pasión, los pavones con las ruedas martiriales, el caracol sobre la cardina gótica y el rótulo laudable. Ornan estas molduras los cartularios de hidalguías con filetes y escusones de gules, de sinople, de sable, animando los animales y los vegetales heráldicos: el lobo, el león, el águila, las lises, el roble, la granada.

Pasa la descarnada mano del tiempo estas recias páginas, pesadas como tapices de gloria, en el silencio de las catedrales y de las bibliotecas. Y en Maguncia, en el ducado de Hesse junto al Rin, el arte de hacer libros en los pequeños talleres de tórculos y prensas, del engrudo y correas, donde se cortan y macean las hojas, nace —paso decisivo en la aurora del hombre— la imprenta, aún rudimentaria, pero ya con las letras separadas para la composición y en metal que el uso no gaste ni deforme. Son días febriles de renovación y estos hábiles tudescos se encargan de sembrar por toda Europa la semilla de la buena nueva. Pronto llegará a España la impresión mecánica y los comerciantes abren sus obradores renovados con la aprendiz industria en Valencia, en Barcelona, en Zaragoza, en Sevilla, en Toledo, en Murcia, en Córdoba. Y serán famosos por su calidad y pulcritud los emblemas que distinguen a los impresores. Desde la cartela de ángeles con el «Sólo en Dios y para Dios» que enmarca el árbol del saber, distintivo del mercader de libros Sebastián Ibáñez, hasta el Ave Fenix que cercan las llamas en la marca del impresor Pedro Destar; desde el ángel de las artes y las ciencias que corona una mano celeste en la empresa del librero Alonso Gómez, hasta el tirso y la antorcha en la señal de Antonio de Sancha.

Vienen ahora los encuadernadores, de larga tradición desde los guardamecileros cordobeses. Quevedo, siempre incisivo, calificó a un mal encuadernador como sastre de libros y zapatero de volúmenes. La plata cincelada para tapas y broches las vemos en evangelios y constituciones de órdenes religiosas, en privilegios gremiales y en libros de reglas de las cofradías. Las encuadernaciones a pequeños hierros, con clavos y cantoneras de metal se usan para las crónicas históricas, los sumarios de indulgencias, las estamperías, las novelas caballerescas. Cubiertas que sobre la marroquinería llevan esamaltes y gofrados con las armas nobiliarias —calderas, franjas, armiños— en su color. Alegorías de palomas y rosas para la poesía erótica y en las que figuran iniciales desconocidas entre galones y repetidas viñetas

taraceadas. Carpetas de badana para el legajo y la cartografía de las nuevas tierras, tejuelos en realce con los títulos en oro convierten al libro en joya deseable y lujosa, mercancía de belleza de poderosa seducción donde, pasadas las guardas, se encierra —cárcel, castillo, moradas— el amor. El amor que inflama y ordena y gobierna. En el escrutinio cervantino, el mismo cura salva de manos irreverentes «La fortuna de Amor». Amor que es lenguaje de silencio, de sangre, de destino. Abramos, si queremos saber de artes amatorias y de cómo se entiende entre nosotros ese lenguaje múltiple una de esas preciadas encuadernaciones:

> Una mañana, el halcón de Calixto entra revolando en el huerto de Melibea. Son los halcones aves fieras para la caza, «escándalo bizarro» les llamó Góngora. Tras el cetrero pájaro saltó Calixto al ajeno huerto. Verdes son los ojos de Melibea y ella la asombrada presa inocente cobrada en tan furtiva caza. No sabríamos si no fuera por Azorín —que tantas ocultas intimidades literarias desveló— cómo era el jardín de Melibea. Un alto ciprés áspero se empareja soberbio con la torre final. Hay también un magnolio —debía ser junio— de blancas flores que mueren al tacto, perfumándolo. El jazmín escala la baranda de la solana. Plantas bajas son los rosales, la adelfa. La taza de una fuente gorgotea el agua. Las nubes pasan blancas. Y son verdes los ojos pensativos de Melibea.

Otra carpeta silenciosa nos abrirá sus puertas de clausura. Lo divino aletea junto a lo humano con comunes ejemplos de lo habitual:

> «Porque el mirar de Dios es amar», Juan de la Cruz descalzo por los repechos del alma irá subiendo penitencial y absorto y pasará los fuertes y fronteras. Nadie como el bendito fraile supo amar y escribir del amor. Es una celda estrecha como ataud y una

madrugada en la que escribe. Suena la arboleda con los aires que previenen la aurora. Apenas alumbra la candelilla pero el alma arde en llama de amor viva. Unos labios le van dictando al oido: «apresúrase la llama y sube de punto con vehemencia, al punto que en un encendidísimo horno o fragua cuando menean o revuelven la leña se afervora la llama y se aviva el fuego». Parece descansar en entrevela el fraile. Llega el día por el ventano abierto.

Abramos la tercera de esas tapas, de suave piel casi femenina:

> Una cordobesa taconea bien por Roma. Son los días alegres que no presienten el saqueo y la muerte. La cordobesa ha cambiado su nombre de Aldonza, como Dulcinea, por el de Lozana. Ella conoce su cuerpo y sabe bien que no tiene otro gaje para sobrevivir y que «si es vergonzosa será pobre». Junto a ella otras bellas damas ejemplares: Imperia Aviñonesa, la Xerezana, la Garza Montesina. Pero a todas aventaja por su saber «conterránea de Séneca»: «que si tengo de hacer este oficio quiero que se diga que no fue otra que lo hiciese mejor que yo». El clérigo, su amigo Francisco Delgado, la confiesa de bulto. Habla Lozana de un galán mozo: «metió el otro día lo suyo en una olla que yo la tenía media de agua de mayo y como armó dentro por causa del agua traía la olla colgada»... Hay una travesura pícara y gozosa, una luz sensual que brilla sobre el espíritu y lo físico. Más el final se acerca: tras las tropas imperiales vendrían las alas naegras de la peste: «mira la Garza Montesina que la llevan sobre una escalereta por no hallar —ni la hay— una tabla en toda Roma». El cortejo se aleja mientras los enamorados de ayer se tapan las narices.

Como en un cuadro clásico, el Juicio de Paris, tres parábolas distintas del amor —el profano, el divino, el carnal— y una sola pasión: el lenguaje, alma grande de un pueblo. A los libros, a la poesía se va por el amor. Ambos, poesía, amor, están o son la vida, ese arrebato fogoso. Pero sólo el libro los salvará del olvido y su sudario, es decir de la muerte.

Se reunían, no hace mucho tiempo, algunos hombres malos en torno a un mago prodigioso y alrededor de una mesa redonda llamada Bilmore. El mago desapareció, dicen que para siempre, aunque yo me lo encuentre casi a diario y me guiñe llamándome.

A esas tenidas asistía, siempre flaco y tímido, siempre adolescente y atento, el nombre que ahora digo, Antonio Soler el escritor que, como atento y tímido, flaco y adolescente, cuenta en sus relatos historias vivas y terribles con la soltura de un clàsico, aunque alguna vez él dijera que no era un gramático.

Los mundos de las novelas de Soler están llenos de seres a los que el autor les ha concedido un aire respirable, una sangre roja, un movimiento natural que no es el de los autómatas novelescos que nos parece conocerlos de toda la vida; y también nosotros, todos, nos encontramos en esa calle Mistral que puede ser Larios, el Camino de los Ingleses, ó lo que queda de los derribos del Perchel. Porque aquí todos los días hay un milagro. Málaga,

En el principio era la luz y la luz era Huelva y la luz de Huelva iluminaba la mar tenebrosa, alas de luz en las velas colombinas,santelmos ígneos que abrían , entre el oleaje de mmnstruos antiguos,los csminos que ensanchaban el mundo, irradiando iris nuevos de color en selvas y montañas,en pájaros y en músicas y en frutas. Y en esa nueva luz iba brillando el desnudo del Conquero, el vuelo blanco de aves en Doñana, el alba de las rosas en Niebla, la cal de anunciación de la Rábida,el oscuro centelleo del mineral entre los labios rojos de la tierra... Luz remota de América, imagen del espejo luciente de Huelva, la luz.

Pablo García Baena

En el capítulo de la segunda salida de D. Quijote es donde aparecepor primera vez Sancho Panza y Cervantes hace de él tan somero retrato que el desprevenido lector no advierte su principal protagonismo futuro y toma al escudero por un habitante más de los que pueblan el denso bosque de la novela. Labrador pobre, villano y hombre de bien y aquí Cervantes hace una aclaración meditativa que sxplic cay justifica toda la dura picaresca española:si es que este título se puede dar al que es pobre, Con Sancho entra la alegría de lo popular en la fábula y los diálogos del caballero y su criado nos divertirán por los siglos.Mentiroso, ladronzuelo, pícaro sabedor de refranes su fe quijotesca, que decía Unamuno lo convertirá en poeta nato apellidar a su ama con el más bello de los renombres, Caballero de la Triste Figura, mientras él, Sancho (capítulo XlX) se afana en llenar sus alforjas con el bastimento que llevaban en las acémilas los señores rezadores: el hambre, razón imperial de España.

UNA CIERTA TRISTEZA

Sobre un poema de Miguel Castillejo, a la luz de Juan de Yepes.

Mana y corre la fuente en la noche. El alma, desvelada, oye caer ese fluir de aguas vivas, agua que aumenta la sed que nos guía, la sed que nos alumbra. Dice Isaías, el profeta: Todos los que tenéis sed, venid a las aguas.

El joven seminarista oye cercano el río, Guadalquivir sonoro, como el agua que brota abre cauce en la tierra. Sequedad de la noche oscura, una cierta tristeza siembra de dudas el camino áspero, estrecho. Entre, cruzado de rejas, un resquicio de vida, el oreo de la campiña lejana que apacible mueve en los olivos la encendida llama de un ciprés. Es el nocturno que delata los miedos veladores acechantes, agazapados en el pesar del corazón oprimido por una mano desgarradora de fiera, y el espíritu, en un entreabrirse suspenso, se llega temeroso, como una invadiente fantasmal sombra negra, la honda y larga tristeza melancólica. Ni un signo ni un relampago alumbran los cavernas del sentido ciego, y la naturaleza, arbitrariamente, coadyuva - espesor infinito de noches otoñales o agobio del cielo en calma estival - al cerco del entendimiento en soledad interior.

Secreto, humano Getsemaní de incertidumbres que jalonan las moradas carmelitas - para tener a Dios en todo, conviene no tener en todo nada - en el ascender hacia el conocimiento.

II.- FONTE QUE CORRE: Los poemas en el discurso oratorio:

1.- Los poemas marianos a la Virgen de la Sierra:

- Himno de Aire, Fuego, Tierra y Agua para la Virgen de la Sierra
- Cosmología lírica de la Virgen de la Sierra.

2.- El fervor rafaelista:

Décimas a san Rafael Arcángel
Romance al Arcángel san Rafael...
Canto final...

3.- Jerusalén de la Subbética:

- Endecha
- Soneto sacro con estrambote
- Jesús en la columna
- Paráfrasis
- Divino Nazareno
- Cristo Yacente
- Guiados por el amor

4.- La saeta, oración del espíritu:

- Sendero de perfección
- Rosas de Sevilla
- Corolario

5.- El Cristo del Sacromonte:

- Niño Manuel
- Romance del pleno amor

6.- Misterio emeritense:

- Getsemaní
- Salve
- A Jesús, con la cruz a cuestas
- Saeta culta
- Resurrección

7.- Glorias de Resurrección:

- Carisma
- Madre Bendita de Gloria

UNA CIERTA TRISTEZA

Sobre un poema de Miguel Castillejo,
a la luz de Fray Juan de Yepes.

Mana y corre la fuente en la noche. El alma, desvelada, oye caer ese fluir de aguas vivas, agua que aumenta la sed que nos guía, la sed que nos alumbra. Dice Isaías, el profeta, : todos los que tenéis sed, venid a las aguas.

El joven seminarista oye cercano el río, Guadalquivir sonoro, *como el agua que abre cauce en la tierra.* Sequedad de la noche oscura, *una cierta tristeza* siembra de dudas el camino áspero, estrecho. Entra, cruzado de rejas, *un respiro de vida,* el orear de la campiña lejana, *que gracilmente mueve en las alturas* la encendida llama de un ciprés. Es el nocturno que desata los miedos veladores, acechantes, agazapados en el *pesar del corazón* oprimido por una *mano desgarradora de fiera*, y el espíritu, en un entresoñar suspenso, ve llegar temeroso, como invadiente fantasmal *sombra negra, la honda y larga tristeza melancólica.* Ni un signo ni un relámpago alumbran las cavernas del sentido ciego, y la naturaleza, arbitrariamente, coadyuva –*espesor infinito de noches otoñales* o *agobio del cielo en calma estival*- al cerco del entendimiento en soledad interior.

Secreto, humano Getsemaní de incertidumbres que jalonan las nadas carmelitas –para tener a Dios en todo, conviene no tener en todo nada- en el ascender hacia el conocimiento.

Al final del agua están las islas y más allá otras aguas y otras islas y Elsa. Conocí su voz de sueño - era la madrugada - una voz casi de tacto, como esas flores que su olor es caricia, a través de la distante niebla del teléfono: ¿Elsa? El jurado le ha otorgado el Premio ciudad de Melilla a su libro "Del amor imperfecto". Kilometros de alambres vibrando, mar, sierras, aldeas dormidas, bosques, llevaban las palabras que usan los poetas en extinción: pájaro, luna, lluvia. Despues Madrid o Las Palmas, ahora Córdoba, Elsa real, casi vestal o ménade, rostro tallado en el basalto volcánico de antiguos ritos olvidados, ojos de ídolo ahumado de lagartos y grillos que te mira y ya sabe, fiel a sus islas hasta en el pliegue lineal de su ropaje, en sus manos de oscura madera para alcanzar el corazón, ~~el~~ la fruta, el oleaje último de los atardeceres.

¡Cuanta vida en sus libros! Naturaleza virgen y profusa que se arduza con el amor en avanzadilla de voces, ríos, ~~cauces~~ torrentes; el mensaje es siempre esbelto, aún cuando el verso vuele a ciudades ásperas de cemento o países remotos - de ínsula cercada, la insula de Elsa por conquistar siempre y a la vez entregada, insobornable y sumisa. Aguas que lavan y ciñen tierras en alvaro de amor y arrasamiento, agua lustral de lluvia que da vida

alta y el deslumbrante halo del deseo mudable, recuerdos de ser nueve
remansados del llanto que se oculta, aquel sonante por los subterra-
dos canales de las lágrimas. [illegible] Y el vaho de los días fecundando, cicatrizando, acostumbrado
al laberinto donde vive el monstruo, el desamor. Y esto es ya como pisar
otro territorio, otra comarca con inviernos y lobos y la sima de la Forjana
negra donde mueren los pájaros en el aleteo del miedo del olvido.
Hoy una escala en el ascender hacia el amor, en la subida al cenit
amoroso. Vértigo de planetas, dragos, plenilunios aprendo. Como la
amante de los Cantares, sabia y coqueta, nuestra amiga irá dejando señas
en los adellos, en el viento que le acerca halos cobrientes, en el inevitable
verano, en la penumbra de la casa, [illegible] aldaba chorreante de mirra como
en el texto salomónico. Sulamita entre las aparapantillas y los perdientes,
Elsa dice: Estrené falda nueva, zapatos de tacón, trenzas de oro. Y luego
fui al olvido.

¿Así, tan fácil, como el que cierra un libro? "Me enclaustré los ojos
de limones amargos y me marché a Bercante". Si para la plenitud amorosa
los prolegómenos han sido las más encendidas, hay un cierto recato de corzos que
en boca el abandono, la [illegible], la tristeza, aunque el verbo llamee también

(

con la herida. Amor siempre imperfecto, cuando llegan los días de soledad, Elsa sostenga ese cráter abierto y derive la atención hacia un barco que sale, una nube que cruza, una paloma detenida en el aleteo, aunque el crepúsculo, desde la ventana, sea cárdeno y ambarino como en la pintura de Néstor.

Ahora Elsa vive en una ciudad del sur secano, recorrida de callejas y misterio, con secreteo de fuentes en murmullo y persianas que vigilan. Allí pasea por mañanas frías empedradas, con aperitivos de arroz de col, con limonero y moro. Alrededor, la juventud machacona del mazo y de la idea, como en ruido de colmena, trabaja. Se oye una guitarra y a la tarde en el rincón de alguna celda vaga un fantasma de perfume. Sobre la mesa de trabajo el nuevo libro ¿como se llamará? la carta inacabada ¿para quién?. Deja la libertad de un sueño se alza en las islas.

M A R L E N E

Cuando yo era niño el cine era un joven retrasado que aún no sabía hablar.Silencioso y cauto se iba ~~adueñando~~ adueñando de juegos y de sueños, con héroes a los que el énfasis de la expresividad les bastaba para que descifráramos aquellas charadas folletinescas. Y conocíamos como si fueran vecinos nuestros las vidas de huérfanas y malvados, de perros valientes y ~~afónicos~~ afónicos, de reinas que arrastraban sus mantos sin un grito por las escalinatas de la desgracia. Sus adorados nombres aromáticos enriquecían nuestra colección de cajas de cerillas : Nita Naldi, Lya de Putti, Theda Bara, Norma Talmadge. El dulzor de unos caramelos se hacía más apetecible al envolver en su papel untuoso trozo de celuloide con sus gastadas muescas paralelas y escenas de "El signo del Zorro","Armas al hombro"o "Violetas imperiales". Cuando el ruido irrumpe en las salas oscuras,el sobresalto hace que miremos de reojo a los pasillos mientras pasa el alud de nieve de "Monsieur Le Fox"o los aullidos de las fieras de "El Arca de Noe" y "Trade Horn". Unas gafas de encontrados colores, rojo y verde, nos ayudaran a ver en relieve la ebullición de los calderos goteantes sobre las victimas en "Los crímenes del museo de cera". Con los años el rubor subirá hasta la cara de los asistentes por el colorido de cromo que el tecnicolor impone en arenas y nubes de "El jardin de Alá", o creeran ensordecer con las nuevas formulas de fragor tempestuoso para el Calvario en "La túnica sagrada". El espectador, con Azorín, añorará aquellos bosques de imágenes en claroscuro, aquel idioma gestual que imponía el silencio de claustro como armonía suprema. Algún periodista, al escuchar por primera vez la dicción honda de la Garbo, escribió que el mundo no se perdería del todo haber dado los cielos"voz de gruñido" a la "Divina". Esa voz gutural quaí ya sería imprescindible como el adulterio o las plumas a la femme fatal +

Me llevó mi padre a la proyecciónm de "Ben-Hur" , la película de Fred Niblo con Ramón Novarro. Impaciente en mi asombro veía el pozo de Nazaret

+ — CURSIVA

vertiendo un agua de milagro, los leprosos surgiendo como raices entre las piedras, los látigos restallando sus eses mudas y cortantes sobre los remeros de las galeras. Me adentraba como una "extra" más en el fingido universo de telones que me abrían, una puerta tras otra, la curiosidad, la sorpresa, la fantasía. Despertaba a un mundo donde la crueldad imperaba en la belleza y la inocencia desconfiaba de la redención

Si "Ben-Hur" coronó el país de la infancia, ya tan poblado de piratas malayos, de campaneros medievales y galopadas indias por los cañones del oeste, "El Cantar de los Cantares" fue el deslumbrar de la adolescencia. Por primera vez Marlene Dietrich se apartaba de la densa fascinación de penumbras con las que Von Sternberg la envolvía como la liturgia necesaria a todo misterio. Pasado el tiempo supe que "El Cantar de los Cantare dirigida por Rouben Mamoulian no fue una pelicula de éxito y la misma Dietrch la desestimaba, pero para aquel colegial de instituto que ya intuía la mordida de lo literario sólo el título era el pálpito de un corazón adolescente que busca y presagia, más que el amor, la entrega del cuerpo bajo el airear de los cedros bíblicos. Cuando en las primeras secuencias y bajo un cielo de tormenta ~~vuelve los jos de lágrimas hacia la sala suspensa~~ Lily-Marlene vuelve los ojos de lágrimas hacia la sala suspensa, es decir hacia el espectador , hacia mí, entendí que había encontrado no aquellas frases ridículas del "eterno femenino", "el ángel de Hielo", "la diosa carnal", que repetían incansables las revistas de la época "Cinegramas" o "Films Selectos". Había encontrado la idea, un código de valores, una ética y un canon para el artificio de la literatura. El andamiaje necesario sobre el que montar y arrojar al vacío, con las a las ortopédias de Leonardo, la creación artística.

Sonaba la "Salomé" de Strauss y a la luz de la vela leía Lily en la virginidad de su dormitorio los versículos de Salomón: "Oh, si él me besara con ósculos de su boca". Recibía más tarde las reprimiendas de su tía a margada por aquella herencia de una chica " con siete faldas y una

Biblia" y ya en el karma del melodrama provoca el incendio del castilloa, al derribar un quinqué la cola de su traje de baronesa Travis Banton. No importaba lo convencional de la historia; aún prestándose a todas las indignidades de su leyenda ella emergía sola como isla visionaria en el humo de una abstracción, en el espejismo de los haces lunares lunarios. Era el arte mismo y conocía para dominarlos con una mirada, un estirar de medias o el satén de una sonrisa que apenas se dibuja, todos los arcanos de la materia. No, ella no era de carne como en la canción de Hollander, era luz de un sueño que enajenaba a los fieles en el cuarto negro de su secta. Sus dioses, en la lealtad al Walhalla germánico, fueron Disciplina, Weimar, Goethe, Rilke; sus amigos eran Remarque, Cocteau,Hemingway y ella fue Lola-Lola,Shanghay Lily, ~~Bijo~~ Bijou, Erika, Ángel o Concha Pérez. Enmascarada en esas fábulas la diva se reía de sí misma. Sólo la vimos realmente ella donde no apareció: el impresionante documental de Maximilian Schell.

No"nací con el cine"tal el memorable verso de Alberti, pero si vivo con el cine y hasta algunas ~~escenas~~ JUEGOS las he trasladado a mi vida.Mi poema "Palacio del Cinematógrafo"inauguró este año el"Festival de Cine Hispano Americano" de Huelva. Películas tan diversas como "M", "Orfeo Negro", "Teorema","El festín de Babette" o "El jinete pálido tienen mi admiración ~~pero~~ MAS no sería sincero conmigo y traidor a la "Diosa" si recomendara otros films que no fueran los suyos. La objetividad es loable pero el fervor no se vende.

Pablo García Baena

MURMULLO y LÁTIGO (1)

No "nací con el cine", tal el memorable verso de Alberti, pero sí crecí y vivo con el cine una embriaguez inenarrable de la que todavía no he salido. Todo empezó en una cámara oscura, un cielo de tormenta en la pantalla y un rostro cubierto de lágrimas que se vuelve hacia el espectador suspenso, hacia mí y dice unas palabras ininteligibles. El mundo se había enamorado de aquella sombra y le puso nombres terrenales: Bijou, Erica, Ava, Pamela, Angel, para terminar llamándole la Diosa. Aquella noche yo también había entrado en ese culto ferviente y clandestino y mientras sonaba la "Salomé" de Strauss y Lily, en la virginidad de su dormitorio, a la luz de una vela, leía los versículos de Salomé: "Oh, sí él me besara con besos de su boca", entendí que me habían metido en la boca del lobo, que había encontrado un código de valores, una ética y un canon para el artificio de la literatura, el andamiaje sobre el que montar y arrojar al vacío, con las alas ortopédicas de Leonardo, la creación artística.

No importaba lo convencional de sus historias; aún prestándose a todas las indignidades de su leyenda, ella emergía sola como isla visionaria en el humo de una abstracción, en el espejismo de los haces lumínicos.

Era el arte mismo y conocía, para dominarlos con una mirada, un

estirar de medias o el sofén de una sonrisa que apenas se dibuja, todos

los arcanos de la materia. No, ella no era de carne como en la canción de

Hollander, era luz de un sueño que alucinaba a los fieles en el cuarto negro

de su logia.

Casta y provocativa, sexual y recatada como un recado novicio, ella fue ya

para siempre el adiós en trenes que se alejan, las violetas abandonadas en

un parque, los labios que se pintan para la muerte al brillo de un sable.

Sus dioses, en la lealtad al WALHALLA germánico fueron Disciplina, Weimar,

Goethe, Rilke, y sin embargo ~~Hitler~~ Hitler no logró su sueño de verla traspa-

sar la puerta de Brandenburgo, como una valquiria cabalgando sobre un caballo blanco y

trompetas del PARSIFAL en un ~~Bayreuth~~ COLOFÓN plagiando de "la Emperatriz Escarlata".

Enmascarada en esas fábulas la diva se reía de ~~ella~~ sí misma. Sólo la vimos

realmente ella donde no apareció: el impresionante documental de Maximilian

Schell.

(1) El título es de una frase de Jean Cocteau.

Los subrayados deben ir en cursiva, menos el título

10-GARCIA BAENA, P. 15/6/2003 14:10 Página 1

Teresa y Jimena

PABLO GARCÍA BAENA

Cuando conocí en Torremolinos a Aitana Alberti yo había leído ya la biografía novelesca «Doña Jimena Díaz de Vivar» que publicó M.ª Teresa León en 1960, en la Biblioteca Contemporánea de la Editorial Losada. «La hija de los grandes ríos del Sur, rubia Aitana de América», en la voz de mareas y bosques de su padre, vivía, en aquellos años que pudieran ser los primeros 70, no lejos de «El Baúl», la tienda de poesía y cachivaches que yo abría mañana y tarde al tedio comercial. Su casa se alzaba en una calle pavimentada por igual de piedras y yerba verde, calle que los pocos originarios del pueblo decían «del Hielo», aunque su nombre municipal fuera otro. Situada sobre un promontorio, los amplios ventanales del salón daban a un paisaje de tejados y cipreses, y lejanías de mar con jábegas de pequeñas velas marineras, el mar descalzo de los pescadores. Allí estuve alguna vez en la compañía de Manolo Blasco, el pintor «naif» que hacía con sus lienzos la crónica malagueña de los burdeles y las procesiones, en los años que llaman felices del «charleston» y los «studebaker». Y bien que la casa se llamara «La Gallarda», apadrinada por la memoria del padre y la nostalgia de aquella otra «Gallarda» recostada en las dunas de la Punta del Este, con la infancia jugando en las arenas y las focas alzándose al atardecer en busca de las bolas circenses de los astros.

Y fue Jesús Ussía, el aristócrata de corazón liberal y espléndido, apóstol de un santoral laico —San Pedro le llamaba José M.ª Amado— el que me presentó un día a Aitana en el apartamento que él tenía en «La Nogalera» y que era a la vez ateneo y academia, tertulias de café, «Pombo» o «Gijón», parada y fonda para toda persona singular que pasara por Torremolinos. Allí conocí a José Bergamín, a Concha Méndez, a Maruja Mallo, a Tierno Galván, a Carmen Saval, a Darío Carmona, a Lola, «espejo oscuro» y algún título de Castilla más o menos tronado. Allí una mañana Aitana me dijo que se iba a Roma a visitar a sus padres, y le ofrecí llevara,

10-GARCIA BAENA, P. 15/6/2003 14:10 Página 2

como muestra respetuosa de admiración, un pequeño obsequio artesano para su madre.

Bien. M.ª Teresa León nos presenta en su relato a Dña. Jimena esbelta «como varal perfecto de los avellanares de Asturias, del tronco de los lozanos y hermosos condes astures», aunque ahora no podamos imaginar a Jimena Díaz sin la rotundidad carnosa de Sophia Loren.

También M.ª Teresa es esbelta, rubia, audaz e imaginativa. La vemos en las diversas fotografías con Rafael, con García Lorca, con Hernando Viñes, y en el homenaje a Luis Cernuda por la publicación en «Cruz y Raya» de «La Realidad y el Deseo». Es abril de 1936 y hay en la foto una cierta alegría limpia, inconsciente y republicana que en nada presagia el espantable pájaro de la sangre extendiendo sus alas. Elena Garro, la jovencísima esposa de Octavio Paz, nos da una fugaz instantánea de M.ª Teresa en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, «con sus ojos verdes y las trenzas rubias alrededor de la cabeza». Trenzas y ojos verdes que ya, desde la niña impulsiva y tierna que era, paseaba por internados de monjas y por interminables paseos provincianos, oyendo el clarín de las dianas cuarteleras y los campaneos conventuales.

Así creció Jimena hasta el destierro de Cardeña. Campanas y bronces en latido, ordenando los días con las horas del rezo del amanecer a la noche, y las horas de los campos regulando el trasiego de los hatos de ovejas, y las horas de la cava y de las hoces en los brazos del sudor. Campos dilatados de Castilla, prietos y duros y amarillos en los veranos como vientres estériles, floridos en los trigos que acuna el viento en los meses dichosos. Tierra de campos para el riego de sangres hermanas, para la ambición de las infantas que miran el crimen desde la almena, para la discordia, la envidia y la codicia, división que hace de la guerra, en intereses encontrados, «razón histórica de España». Las últimas palabras son de Bergamín. Tierra hermosa y triste, y ahora las palabras son de Alfonso X: «tornaron las espadas unos contra otros como si les mandasen enemigos». Tierra pelada de Caín para el hacha de Alvargonzález. Tierra en la sed de los destierros, en el camino de Ruy Díaz de Vivar, de judíos y comuneros y moriscos, de afrancesados, de carlistas y liberales, de Blanco White, de Goya, de Antonio Machado, de M.ª Teresa León, sombras de un sueño trágico, sueño de la razón que engendra monstruos. «Así dolerá siempre el corazón a los que de ella salgan proscritos y tristes, echados de sí».

Noches de Cardeña invadidas por el cendal de una luna que se apaga supersticiosa ante la mano del eclipse, como la llama del cirio en los dedos del lego. Sil-

10-GARCIA BAENA, P. 15/6/2003 14:10 Página 3

bo agorero de las lechuzas y los búhos por los ramajes punzantes de las encinas, enlunados de quietud fantasmal. Noches oscuras de Madrid que cruzan los obuses como estrellas fugaces de muerte, espuelas estrelladas de la muerte aguijando la noche turbia y silbo de la bala certera que va derecha al corazón de España. «Madrid está meditabundo y sacude el polvo de las calaveras», escribía, quevedescamente, Gómez de la Serna. En el palacio de los Heredia Spinola los fantasmas se visten con el amplio hábito blanco de los caballeros calatravos. Fantasma del deseo bajará, lento, la escalera monumental Luis Cernuda. Y tal vez M.ª Teresa León recordaría aquel blancor de mortaja cuando dedica su libro al actor Gerard Philippe, enterrado con el traje del Cid Campeador que vistió en las noches de su gloria escénica. Mocedades del Cid, gloria de Corneille y Guillén de Castro, qué lejos de aquellos días en que Philippe, con su aire sonriente de «Fanfan la tulipe» llegó hasta los pinos que buscan la playa allá en Cantegril, Punta del Este uruguaya. Eran días alegres y las aves hacen un bailecito de bodas y la paloma se equivocaba. ¿A dónde volaría la palomela de Burgos?

Férrea la mano de Ruy Díaz oprime con una caricia la fruta dulce de Valencia. Canta el agua por los atanores de las huertas, se derrama en los arcaduces de las norias, surte limpia en los zafareches, se remansa en alcubillas y atargeas, salta libre el cepo de las azudas, rueda laboriosa en las aceñas, llora mansa en los albercones geométricos. El agua acaricia los labios resecos en el sonoro deleite de las voces arábigas. Y el mar cerca, como una seda que pliega suave sus espumas al viento, las sedas que las morillas ordenan en los cofres colmados de ceñidores, del cetí de los rasos, del grana de briales y sayas. Lujo laxo que invade los sentidos en enredadera indolente, como la ciudad toda en el halago de los olores hortelanos, de la música sonando en vihuelas y adufes.

«Contad vuestras angustias del destierro», dice M.ª Teresa. Así lo sabe Jimena cuando sube en adiós a las altas y finas torres de Valencia, su destierro dorado y su alma entera —ya se oyen los pasos cautelosos de la muerte, acechante entre las azulejerías y los surtidores— vuela hacia Cardeña, piedra monástica, adobes de rediles, cardenchas erizadas de sed. Y le parece oír —no los tambores y pífanos en algarabía— sino el grave y adormeciente canto de los frailes en los sitiales altos del coro. Con qué modesta humildad vuelve el recuerdo, ante los sartales levantinos, de sus arcas y gavetas de pino guardando la rigidez de las estameñas tupidas, los lienzos crudos, la sarga intonsa de los lutos. Lutos del abandono y la derrota, el Mío Cid, el cadáver de España en su caja hacia el réquiem y el olvido. «Madame, las cuestiones de España no interesan».

Qué frío está el monasterio con la nieve. No llegan mensajeros con noticias de las hijas, alejadas en Navarra y Cataluña. A veces vuelve cantada la invención

10-GARCIA BAENA, P. 15/6/2003 14:10 Página 4

truhanesca del robledal de Corpes, azotes y ataduras, oída a juglares traviesos por ferias y anteiglesias. Pero sí, la lejanía de las hijas y su silencio es tan cruel como la desolladura amoratada de los cordeles.

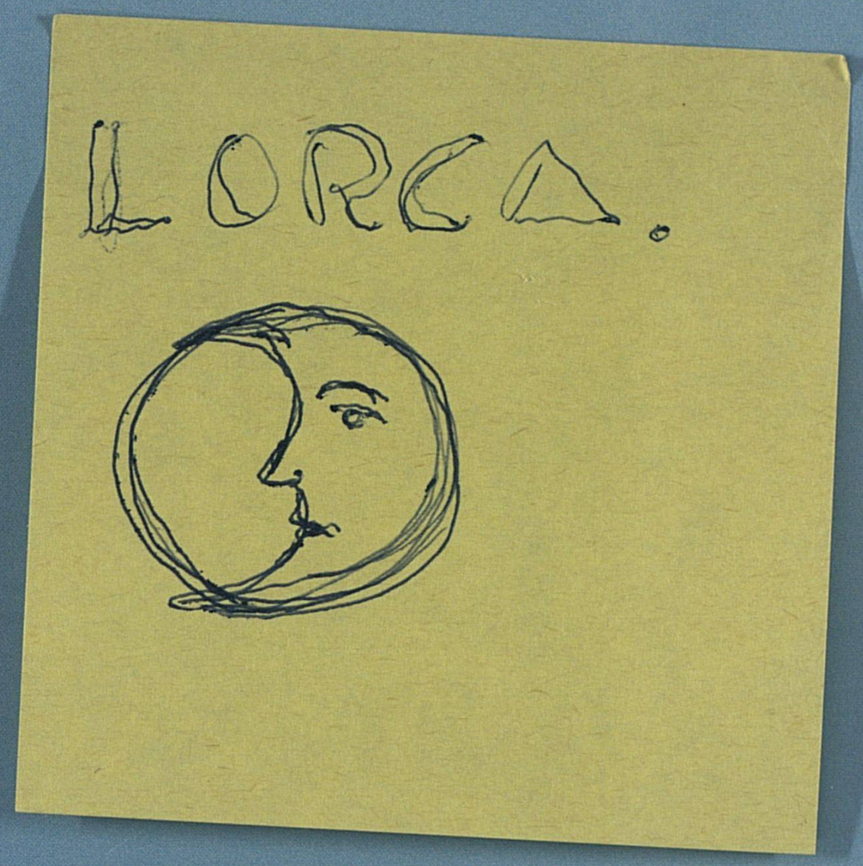
M.ª Teresa también sabe de esa lejanía impuesta y amarga. Hijos, nietos, mirad cómo me pierdo por el bosque de vida de los recuerdos, memoria nítida cuanto más lejana. Sombra entre las sombras de la melancolía, moriré, ya de vuelta, lejos.

Córdoba

de

el Día

el Día
DE CÓRDOBA



Avda. Gran Capitán nº 23, 2ª
14008 Córdoba
Tfno.: 957 222 050 • Fax: 957 492 331
www.eldiadecordoba.es

JUAN DE LOXA

Sr. D. Pablo García Baena

Queridísimo Amigo: Pasaron por mi puerta los días de San Pedro y San Pablo y no les dí de beber ni una palabra de felicitación, entre la Torre de la Vela (que es una mirona iluminada y le tengo ahí enfrente día y noche) y mis dolores ~~de~~ ~~toda~~ sentidos, que nunca me abandonan, me encuentro entretenido a la espera de mi adios, ya muy cercano, a la Casa de Federico.

Al asunto: yo quiero hacer, lo más primorosamente posible, una edición de los textos leídos en

En "Pozo de plata". (Por cierto, supongo que no me meterían gato por plata y continuará con su brillo natural).

De manera, Pablo, que te pido el favor de que me mandes las cuartillas que leiste. Hoy se las pido a Mª Victoria y a Pepe. Carmen ya me dió permiso para reproducirlas. Sueño con un cuaderno que fije aquellos minutos entre yedras, mientras cinco parejas tendían a tu paso su "vereita verde".

Un beso. Juan,

En casi todos los libros de Federico hay alguna alusión a Córdoba como ciudad de Soledades y melancolía. Leeré algunos de esos poemas ~~en~~ en atención a mi ciudad natal. Del "Poema del Cante Jondo" el titulado Alba. Precisamente "el toque de alba" se hacía ~~[illegible]~~ al rayar la aurora desde la torre de la Catedral de Córdoba

ALBA

Del mismo libro el poema "De Profundis"

"Barrio de Córdoba" ~~sector poema~~ es también
del libro "Poema del Cante Jondo". El relatorio de
una niña muerta en la humilde casa que acedue
la noche, tiene el antecedente de un cuadro de Rome-
ro de Torres, el atávico rito fúnebre tornandose en
ofrenda floral.

Barrio de Córdoba

Del libro "Canciones" el poema "Canción de jinete". La fecha en que Federico sitúa su poema, 1860, me ha hecho pensar siempre que ese jinete es el contrabandista Pacheco que en efecto muere en Córdoba de un disparo en 1868. En la novela de Pío Baroja "La feria de los discretos" que includa-blemente Federico conocería, se cuenta su muerte.

CANCIÓN de JINETE

Del "Romancero gitano" el poema "San Rafael".

El paisaje que esboza Federico es la postal de

Córdoba, la misma que el soneto de Góngora:

el muro, la torre, el río, los arcos de triunfo,

~~que~~ pero que Lorca puebla de misteriosos fantasmas

nocturnos. San Rafael alcanza su vuelo sobre la

columna y el mármol de Roma.

Uno de los primeros poemas de Federico que leí en mi adolescencia fue esta "Nana" de su otro teatral "Bodas de sangre". Desgajada del drama, como un poema más del "Romancero gitano", lo conocí en una copia manuscrita que corría ~~como~~ de una manera subversiva ~~secreta~~ en una España oscura.

Desde entonces me cautivó su hondo, oscuro secreto.

"Bodas de sangre" se basa, como todos sabemos, en la noticia escueta ~~sobre~~ de un crimen pasional aparecida en el "Diario de Almería" del 24 de Julio de 1928. Se cumplen dentro de unos días 70 años. La noticia periodística dice así:

NANA de Bodas de Sangre, Acto 1º, Cuadro 2º

Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas,
cuando llega al puente
se detiene y canta
¿Quién diría, mi niño,
lo que tiene el agua
con su larga cola
por su verde sala?
Duérmete, clavel,
que el caballo no quiere beber.
Duérmete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.
Las patas heridas,
los crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata,
bajaban al río,
¡ay como bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.
Duérmete, ~~rosal~~ clavel,
que el caballo no quiere beber.
Duérmete, rosal
que el caballo se pone a llorar.
No quiso tocar
la orilla mojada
su belfo caliente
con moscas de plata.
A los montes duros
solo relinchaba
con el río muerto
sobre la garganta.

¡Ay caballo grande
que no quiso el agua!
¡Ay dolor de nieve,
caballo del agua olla!
¡No vengas!, detente,
cierra la ventana
con ramas de sueños
y sueños de ramas.
Mi niño se duerme,
mi niño se calla.
Caballo, mi niño
tiene una almohada,
su cuna de acero,
su colcha de holanda.
Nana, niño, nana.
¡Ay caballo grande
que no quiso el agua!
¡No vengas, no entres!
Vete a la montaña.
Por los valles grises
donde está la jara.
Mi niño se duerme,
mi niño descansa.
Duermete, clavel,
que el caballo no quiere beber
Duermete, rosal,
que el caballo se pone a llorar.

En Canal Sur Radio
El 5 a las 5

Federico García Lorca, el más universal de los andaluces, llevaba en sus ojos un mapa vivo de la Andalucía de la soledad, con sus antiguos reinos, sus ciudades de dólmenes y espadañas, los olivares del llanto y los ríos de aguas de los recuerdos. La alegría, en esta Andalucía misteriosamente bella y trágica, era Málaga, obelisco siempre de la libertad. Amigo de los poetas Emilio Prados y M. Altolaguirre colaboró con ellos en "Litoral", la revista clave de la generación del 27. Y el Mediterráneo sonaba pequeño y acariciante en su piano cuando acompañaba, la voz en vilo, las canciones populares donde, en "Los Peregrinitos el novio es de Antequera." En el café de Chinitas los relojes adelantan media hora a la cita trágica de las 5 de la tarde. VELEZ Blanca de cal y Frigiliana de campanillas azules y Ronda con el zodiaco de su vieja plaza. El lorquiano de la malagueña soñará en "El poema del Cante Jondo", "con un olor a sol y a sangre de hombres. Y el limonar con bocanadas a los tranvías y a los bares: "negros torsos bailaores asoman en la playa"

En "Mariana Pineda", los pescadores del Palo, y Nerja, [illegible] beben un aire de rebelión y libertad. Con el romance de Torrijos el dolor baja a las simas profundas:

Torrijos, el general noble, de la frente limpia — ha sido muerto en las playas de Málaga la brava. Otros versos del mismo romance podrían aplicarse como coro final a la muerte de Federico, en un asalto de lunas de sangre:

Sobre los barcos lloraba — toda la marinería

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA
SOCIEDAD ANONIMA
17 DE AGOSTO DE 1986

ABC

REDACCION
ADMINISTRACION
TALLERES-SERRANO, 61
28006-MADRID

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ANDALUCIAS LORQUIANAS

En el cincuenta aniversario del vil asesinato de Federico García Lorca, ABC dedica hoy el dominical en color, con carácter monográfico, al genial poeta granadino. Se incluyen dos poemas y una carta inéditos del autor de «Yerma» y una antología de su obra con la publicación íntegra de los «Sonetos del amor oscuro». Asimismo, artículos de los estudiosos lorquianos de mayor prestigio y testimonios de las primeras firmas de nuestra literatura. Ayer dedicamos también a García Lorca un editorial en Tercera página y un artículo de Manuel Alvar. Hoy abrimos este número, como pórtico al dominical en color, con un artículo del poeta Pablo García Baena, reciente premio Príncipe de Asturias

EN el mapa prodigioso y miniado de la Andalucía lorquiana, donde las aguas de los ríos levantan el pecho para narrar romances y los árboles prestan las enramadas del crepúsculo para el paseo largo de los pájaros del llanto, hay una pequeña estrella brillante que señala, orografía del drama, cada fuente, cada camino, cada soto, cada montaña, como en las antiguas cartografías que dibujaban, imaginarias y fieles, países remotos. Y una viñeta relampagueante en la voz de Federico nos hace ver, conciso sueño real, paisaje, atmósfera, fábula. Así está Almería y su bosque de toronjas junto al azafrán cubista de las tapias; así está Jaén, roca y corazón recóndito en el olivar de las tres morillas; así está Málaga de emocionante sensualidad en carne viva. Y Huelva, rosa y agua. Y Cádiz, arquitectura dada a la apasionante brisa del mar. Y otros muchos lugares surgen en el complejo esqueleto que sostiene la piel milenariamente hermosa de Andalucía: Baeza y Ubeda, Sanlúcar la Mayor y Algeciras, Ronda la Vieja y Jerez al quiebro de vidrio de los gallos, Vélez y Antequera, Osuna de bóvedas ducales y Fuengirola azul de cal y campanillas. Cuando agosto agobia en el Bronx neoyorquino el calor es ecijano.

Y hay también lo que Federico llama las tres grandes andalucías, los tres reinos que en la canción «Arbolé, arbolé» despliegan en retablo de procesional virilidad su seducción para enamorar a la enigmática y silenciosa aceitunera: oscuros jinetes cordobeses, toreros anaranjados de Sevilla, muchachos en celo por el aljibe de luna de Granada. Son las tres ciudades que el poeta cobija bajo las alas tutelares de los arcángeles, San Miguel

en el primor berberisco
de gritos y miradores.

San Gabriel, bisnieto de la Giralda y San Rafael, equilibrio de solitaria columna, amparando, doméstico, río, adelfas, molinos, arcos de triunfo, almenas, torres, ajimeces, todo el excelso muro cordobés:

Córdoba quebrada en chorros,
celeste Córdoba enjuta.

Córdoba doble adentrándose en la entraña del agua, en las densas corrientes de lo hondo, pilarillo de abluciones coránicas por donde aún navega una Roma de soterraños barbos. Guadalquivir que desemboca en Federico García Lorca.

Viene el poeta por primera vez a Córdoba en junio de 1916 en viaje de estudios organizado por el catedrático de Arte y Literatura de la Universidad de Granada, Martín Domínguez Berrueta; la mezquita-catedral, las ruinas de Medina Azahara, la judería, el intrincado callejeo de muros monacales y tabernas entornadas, el descubrimiento del pintor de la muerte, Juan Valdés Leal, dejarán una impresión imborrable en el visitante. Esta ciudad ensimismada y silenciosa —Córdoba, la ciudad más melancólica de Andalucía—, le atrapará en la fascinante red poliédrica, diamantina, del fino y cultísimo Góngora, abstracto cenit de la belleza fría y perfecta. La soledad de Góngora, retirado a morir en la soledad de Córdoba, llevará al visitante hasta la aldaba fúnebre que golpea nocturna en la casa mortuoria del racionero, en su plazuela de la Trinidad Calzada. Córdoba para morir. Casa, veleta, mirador, ruinmente fueron asolados y sólo una columna de su patio sombrío sirve hoy de guardacantón en la vivienda del pintor Miguel del Moral en las callejas de la Hoguera. El laurel de Lorca coronará el jaspe yerto gongorino en la trompetería del centenario:

La noche cobra sus precisas huellas
con chapines de fósforo y espuma...

Por los sedientos olivares cordobeses salta la Tarara, enmascarada y loca, a la salacidad de los aceituneros. Benamejí oculta su torre en la luna homicida de los primos Heredia. Los puertos de Cabra se alegran al paso de la montera de terciopelo de la pelegrinita y el agua cristalina de Lucena avanza derramada como una mano abierta en la compasión hasta la sien granate de Juan Antonio el de Montilla. Toda la campiña, como un sestercio de bronce, reluce en el perfil jánico de Munda: o César o Pompeyo.

Deja también Sierra Morena su rama goteante en el bosque lorquiano, sierra de sombras aplastadas que no se van nunca, dirá Rosita. No es la sierra de los cenobios de Unamuno donde sestean los capeadores del Señor ni el vergel de Balbuena,

nieva el tierno azahar verdes alturas,
el jazmín aquí un bosque...,

que nos lleva a la noche de Falla y sus jardines. Para Federico es la sierra trágica de las partidas de bandoleros y migueletes, de caballistas enlutados que sobre las jacas zaínas van del naranjal al olivo donde Córdoba clava las cruces del momento, mientras el caballo negro del sino arrastra al muerto jinete ante una luna grande y cinematográfica. Quizá es Pacheco, el bandido que se creyó general con la «Gloriosa», quien presiente en la lejanía

la muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

Una tradición oral nos dice que Federico visitó en otras ocasiones Córdoba; por ejemplo, en una Semana Santa, que pudo ser la de los años 35 ó 36. Manolo Carreño, licenciado en Ciencas Químicas y enófilo ferviente, amigo de García Lorca, le acompañó hasta el Compás de San Agustín, de donde partía la cofradía de la Virgen de las Angustias hacia la estrechez de la calle Rejas de don Gome. No olvidemos que Federico había salido de penitente en otra cofradía de las Angustias, la de Santa María de la Alhambra en su ciudad natal, el Miércoles de Ceniza, dice Gibson, 27 de marzo de 1929. Debe ser el Miércoles Santo, pues es imposible que en fecha tan tardía caiga el inicio de la Cuaresma. García Lorca, conmovido por la serenidad doliente de la imagen cordobesa, talla impresionante del inmortal Juan de Mesa, improvisó allí mismo, entregándosela a Carreño, esta décima:

Molde de la estrecha vía
dos hileras luminosas;
Presidenta de las rosas
viene la Virgen María.
De plata y de pedrería
lleva las andas repletas
y a su paso, las saetas,
para más lujo y derroche
se van clavando en la noche
constelada de cornetas.

Versión siempre oral, pues nunca pude ver escrito ni el original ni la copia, difiere de la que dio a conocer el poeta Miguel Salcedo en la revista «Alto Guadalquivir». Esa tierna, dulce, humanísima Presidenta de las rosas es el único destello lorquiano en una composición que más parece de Villaespesa. A María, la Rosa Mística, tradicionalmente Reina del florido mayo de las rosas, la ve Lorca, son los años de la República, con la suprema jerarquía de su tiempo. Actualiza, sin rebajarla, la alta potestad mariana.

Dijo Jorge Guillén que nada más repulsivo que el arte como embuste. Lorca fue más allá: poesía y vida ardieron en la misma llama para testimonio de la verdad que las nutría, inseparables. El poeta, en toda su obra, sólo había vaticinado su muerte.

Pablo GARCIA B

Cosas de
Isabel G.-Tapia
Rebajas de Agosto
Telas, Sofas, Dormitorios
Centro Comercial «El Bulevar»
Local 21 LA MORALEJA

POETA
EN
NEW YORK

Las fronteras de Andalucía, como las de Grecia, son amplias y difusas. Gastón Baquero, precisamente en su "Himno a Federico García Lorca" dice: "La frontera andaluza está en La Habana". Sin presunción, creo que Federico extendió esos límites hasta la ciudad de Nueva York y hasta esta Universidad de Columbia que, en este año del centenario celebra el paso de tan señalado alumno por sus aulas y patios.

Es Federico García Lorca un poeta de sangre, un poeta trágico en juego lunar con el destino. Siente como propia toda la herencia de la marginación andaluza, sin desechar siquiera la visión deformante de la pandereta, de la que a veces se sirve –muerte, navajas, contrabandistas- en el mejor espejo de "Carmen", tal y como él decía : "la pasión del puñal, las ojeras, y el llanto". Fatalidad de un pueblo que acepta el mandato del sufrimiento, del phatos griego, como el escrito irrevocable de un hado adverso. Y el deseo, y la carne, y la sensualidad están inmersos también en esa espesa red que tiende la predestinación. En "Poeta en Nueva York" todas esas ancestrales derrotas están en la máquina deshumanizada, en el óxido de las avenidas, en los hombres oscuros.

Se ha escrito mucho sobre el simbolismo de la muerte y la luna –presencias constantes– en la poesía y en el teatro de Lorca. Una luna plena y roja de Agosto iluminaría el olivar de Viznar cuando el poeta caía abatido. Pero permitirme a mí, poeta cordobés, que divague un tanto en torno a ese poema del libro "Canciones" que se llama "Canción de jinete" y que ~~lea~~ leo ahora solo como una ~~diaposita ilustrativa en~~ DIAPOSITIVA ILUSTRANDO una lección.

CANCIÓN DE JINETE

Córdoba,
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande
y acetunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay, que camino tan largo!
¡Ay, mi jaca valerosa!
¡Ay, que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!.

Córdoba,
lejana y sola.

La escenografía del poema no puede ser ni más real, ni más lorquiana. Bajo una luna grande y cinematográfica, el jinete contempla en la lejanía los muros de Córdoba, desde las estribaciones de Sierra Morena. Los caminos, que el jinete sabe, bajan hacia el llano y abren con sus nombres el ensueño: Cuesta de la Traición, del lagar de la Cruz, del balcón de las monjas.
"Allí abajo", dice Borges desde otras páginas, "está la querida ciudad de Córdoba, como un delicado y complejo instrumento."
Francisco García Lorca, tan implicado en el mismo mundo de su hermano, relaciona la canción con el soneto a Córdoba de D. Luis de Góngora, "Oh excelso muro, oh torres coronadas!. Esas torres coronadas desde donde mira la muerte, pero ¿quién es el misterioso jinete? ¿Un bandolero, un contrabandista, un amante que teme y huye de un crimen de celos? La leyenda del bandido generoso, el áspero mundo de las partidas y los civiles, no podía dejar indiferente a un poeta como Federico, atribulado de injusticias raciales. Sabemos por carta a Jorge Guillén que proyectaba un "Diego Corrientes", ¿farsa, drama, poemas intensos? La figura del bandolero desprendido, compasivo y gallardo, rondaría originaria, sin llegar a nacer.
Pero esta sombra que detiene su jaca en la noche desde los altozanos de la Sierra y mira a la ciudad que ama y le es prohibida, ¿quién es?
Francisco García Lorca sugiere un lejano y romántico nombre, el del rebelde Omar Ben Hafsunm, el peregrino en su patria, que tuvo en jaque a los califas cordobeses, adormilados por los surtidores de Azahara. Hay en el mismo libro de "Canciones" otra "Canción de jinete" casi con idéntica figuración, noche, espuelas, caminos, caballo negro del fario arrastrando al jinete muerto ante una luna de luto, también negra. A esta estampa la cifra el poeta con una fecha, 1860, en plena leyenda de los bandoleros decimonónicos. Creo que el primer jinete, ante la Córdoba lejana y sola es José Tirado, llamado Pacheco y tenido por el pueblo como un héroe de romance. Federico tal vez se encontró con el bandido en la novela de Pío Baroja "La feria de los discretos", que indudablemente conocería. Baroja retrata al bandido como un andaluz pequeño y decidido, de marsellés y catite, un tipo rubio, pálido, con los ojos azules, manos finas y blancas, casi un ario, alejado del tópico moreno y encelado.
Cito de un capítulo de la novela: "Al anochecer estaban en la cuesta de Villaviciosa. ...Se veía desde allí arriba Córdoba muy llana, muy extensa, entre campos de amarillos rastrojos y negruzcos olivares.... Pasaban jinetes en caballos gallardos, sobre la silla vaquera, la manta en un arzón y la escopeta en el otro".
Mas la muerte sigue mirando, casi olfateando, desde las torres de Córdoba. La revolución que destronaba a Isabel II, estamos en Septiembre de 1868, ha triunfado y el pueblo se cree dueño de su destino. Baja Pacheco desde los montes, fiel a cumplir la cortada línea de la vida escrita en su mano, sin mirar a la que otea, segura ya, desde las torres.

Seguido de su gente, en nervioso caballo negro, atraviesa las calles aclamado como general de la libertad. Así llega hasta la plaza de la Trinidad Calzada donde, en el balcón de la esquina sonríe entre los cristales del cierre otra muerte ilustre, la de D. Luis de Góngora. Y allí los escopeteros que lo acechan cumplen la orden de la enlutada y cae el general del pueblo a los pies mismos de la torre conventual de la Trinidad. El recurrente ciclo luna-muerte vuelve a cerrarse como corona fúnebre de sangre y abalorios, sobre el empedrado de la plaza, en una Córdoba más lejana, más sola.

Dijo Jorge Guillén que nada más repulsivo que el arte como embuste. Lorca que FUE más allá: poesía y vida ardieron en la misma llama para testimonio de la verdad que las nutría inseparables. El poeta, en toda su obra, sólo había vaticinado su muerte.

Las fronteras de Andalucía, como las de Grecia, son amplias y difusas. Gastón Baquero, precisamente en su "Himno a Federico García Lorca dice: "La frontera andaluza está en la Habana". Sin presunción, creo que Federico extendió esos límites hasta la ciudad de Nueva York y hasta esta Universidad de Columbia que, en este año del centenario celebra el paso de tan señalado alumno por sus aulas y patios.

Es Federico García Lorca un poeta de sangre, un poeta trágico en juego lunar con el destino. Siente como propia toda la herencia de la marginación andaluza, sin desechar siquiera la visión deformante de la pandereta, de la que a veces se sirve - muerte, navajas, contrabandistas - en el mejor espejo de "Carmen", tal y como el decía: "la pasión del puñal, las ojeras, y el llanto". Fatalidad de un pueblo que acepta el mandato del sufrimiento, del pathos griego, como el escrito irrevocable de un hado adverso. Y el deseo, y la carne, y la sensualidad están inmersos también en esa espesa red que tiende la predestinación. En "Poeta en Nueva York todas esas ancestrales derrotas en tan en la máquina deshumanizada, en el éxido de las avenidas, en los hombres oscuros.

Se ha escrito mucho sobre el simbolismo de la muerte y la luna - presencias

constantes - en la poesía y en el teatro de Lorca. Una luna plena y roja de Agosto iluminaría el olivar de Viznar cuando el poeta caía abatido. Pero permitiríme a a mí, poeta cordobés, que divague un tanto en torno a ese poema del libro "Canciones" que se llama "Canción de jinete" y que lea ahora solo como una diapositiva ilustrativa en una lección.

CANCIÓN de JINETE

Córdoba,

lejana y sola.

Jaca negra, luna grande

y aceitunas en mi alforja.

Aunque sepa los caminos

yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,

jaca negra, luna roja.

La muerte me está mirando

desde las torres de Córdoba.

¡Ay, que camino tan largo!

¡Ay, mi jaca valerosa!

¡Ay, que la muerte me espera,

antes de llegar a Córdoba!

Córdoba,

lejana y sola.

constantes - en la poesía y en el teatro de Lorca. Una luna plena y roja de A-
gosto iluminaría el olivar de Viznar cuando el poeta caía abatido. Pero per-
mitidme a a mí, poeta cordobés, que divague un tanto en torno a ese poema
del libro "Canciones" que se llama "Canción de jinete" y que lea ahora solo como
una diapositiva ilustrativa en una lección.

CANCIÓN de JINETE

Córdoba,
lejana y sola.

Jaca negra, luna grande
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay, qué camino tan largo!
¡Ay, mi jaca valerosa!
¡Ay, que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba,
lejana y sola.

La escenografía del poema no puede ser ni más real, ni más lorquiana. Bajo una luna grande y cinematográfica, el jinete contempla en la lejanía los muros de Córdoba, desde las estribaciones de Sierra Morena - los caminos, que el jinete sabe, bajan hacia el llano y abren con sus nombres el ensueño: Cuesta de la Traición, del Lagar de la Cruz, del Balcón de los moros. "Allí abajo", dice Borges desde otras páginas, "está la querida ciudad de Cor~~doba~~dova, como un delicado y complejo instrumento.

Francisco García Lorca, tan implicado en el mismo mundo de su hermano, relaciona la canción con el soneto a Córdoba de D. Luis de Góngora "Oh excelso muro, oh torres coronadas! Esas torres coronadas desde donde mira la muerte, pero ¿quién es el misterioso jinete? ¿Un bandolero, un contrabandista, un amante que teme y huye de un crimen de celos? La leyenda del bandido generoso, el áspero mundo de las partidas y los civiles, no podía dejar indiferente a un poeta como Federico, atribulado de injusticias raciales. Sabemos por carta a Jorge Guillén que proyectaba un "Diego Corrientes", ¿farsa, drama, poemas intensos? La figura del bandolero desprendido, compasivo y gallardo, rondaría originaria, sin llegar a nacer.

Pero esta sombra que detiene su jaca en la noche desde los altozanos de la Sierra y mira a la ciudad que ama y le es prohibida, ¿quién es?

Francisco García Lorca sugiere un lejano y romántico nombre, el del rebelde Omar Ben Hafsum, el peregrino en su patria, que tuvo en jaque a los califas cordobeses, adormilados por los sortilegios de Azahara. Hay en el mismo libro de "Canciones" otra "Canción de jinete" casi con idéntica figuración, noche, espuelas, camina, caballo negro del llano arrastrando al jinete muerto ante una luna de luto, también negra. A esta estampa la cifra el poeta con una fecha, 1860, en plena leyenda de los bandoleros decimonónicos. Creo que el primer jinete, ante la Córdoba lejana y sola es José Tirado, llamado Pacheco y tenido por el pueblo como un héroe de romance. Federico tal vez se encontró con el bandido en la novela de Pío Baroja "La feria de los discretos", que indudablemente conocería. Baroja retrata al bandido como un andaluz pequeño y decidido, de marsellés y catite, un tipo rubio, pálido, con los ojos azules, manos finas y blancas, casi un ario, alejado del tópico moreno y encelado.

Cito de un capítulo de la novela: "Al anochecer estaban en la cuesta de Villaviciosa. ... Se veía desde allí arriba Córdoba muy llana, muy extensa, entre campos de amarillos rastrojos y negruzcos olivares ... Pasaban jinetes en caballos gallardos, sobre la silla vaquera, la manta en un arzón y la escopeta en el otro."

Mas la muerte sigue rondando, casi alfileteando, desde las torres de Córdoba. La revolución que destronaba a Isabel II, estamos en Septiembre de 1868, ha triunfado y el pueblo se cree dueño de su destino. Baja Pacheco desde los montes, fiel a

a cumplir la cortada linea de la vida escrita en su mano, sin mirar a la que otea, segura ya, desde las torres.

Seguido de su gente, en nervioso caballo negro, atraviesa las calles aclamado como general de la libertad. Asi llega hasta la plaza de la Trinidad Calzada donde, en el balcón de la esquina sonríe entre los cristales del cierre otra muerte ilustre, la de D. Luis de Góngora. Y allí los escopeteros que lo acechan cumplen la orden de la emboscada y cae el general del pueblo a los pies mismos de la torre conventual de la Trinidad. El recurrente ciclo luna-muerte vuelve a cerrarse como corona fúnebre de sangre y abalorios, sobre el empedrado de la plaza, en una Córdoba más lejana, más sola.

Dijo Jorge Guillén que nada más repulsivo que el arte como embuste. Lorca fue más allá: poesía y vida ardieron en la misma llama para testimonio de la verdad que las nutría inseparables. El poeta, en toda su obra, sólo había vaticinado su muerte.